



OXFORD

HISTORIA DEL  
ANTIGUO  
EGIPTO

*Edición de* IAN SHAW



## 14. EL PERÍODO PTOLEMAICO

(332-30 a.C.)

ALAN B. LLOYD

El Egipto ptolemaico es la historia de dos culturas. Con *ethos*, intereses y aspiraciones diferentes, al principio ambas mantuvieron una coexistencia precavida, donde la conveniencia y el equilibrio de poder generaron un grado viable de cooperación, por lo general lo bastante efectivo como para ocultar su desagrado mutuo. Desde finales del siglo III a.C., esta colaboración se vio cada vez más desgastada por la firme presión ejercida por el cisma dinástico, la mala administración, la crisis económica y el resentimiento egipcio. Un aspecto fascinante de esta compleja relación es el hecho de que, a pesar de todas estas tensiones internas, en muchos aspectos el Egipto de los ptolomeos tuvo un éxito espectacular, ya consideremos los logros de la elite grecomacedonia o los del entorno cultural egipcio.

### Preludio

Lo más adecuado es comenzar el estudio del Egipto ptolemaico con la llegada de Alejandro Magno en 332 a.C., que puso fin al Segundo Período Persa, algo que nadie lamentó. Antes de que Alejandro regresara a sus conquistas, en 331 a.C., se vio obligado a encargarse del problema de la administración de su nueva provincia.

Es evidente que la fundación de Alejandría pretendía crear una nueva base para el gobierno del país, pero en otros aspectos prevaleció el modo antiguo de hacer las cosas. Si podemos fiarnos de la *Novela de Alejandro* (una biografía semimitificadora escrita de forma anónima con el seudónimo de Calístenes, aproximadamente en el siglo II a.C. o antes), Alejandro se hizo coronar en el templo de Ptah en Menfis, afirmando así claramente que estaba asumiendo la responsabilidad de un faraón egipcio.

Resulta indudable que los egipcios así lo conceptualizaron, pues le dieron una titulación estándar y él mostró gran respeto por las susceptibilidades religiosas egipcias. Perfectamente consciente de los peligros estratégicos intrínsecos a la riqueza y posición geográfica de Egipto, procuró evitar la concentración de poderes: se entregó la administración del país a un egipcio llamado Doloaspis; se confió la recogida de impuestos a Cleomenes de Náucratis; el ejército fue situado al mando de dos oficiales, Peukestas y Balakros, y la armada colocada bajo el mando separado de Pelomón. Subsiguientemente, Cleomenes fue nombrado gobernador de toda la provincia, que la administró con un elevado grado de corrupción.

Tras la muerte de Alejandro en Babilonia en junio de 323 a.C., su mentalmente impredecible hermano Arrideo (323-317 a.C.) fue declarado rey, con Perdicas como regente, en el entendimiento de que si el hijo póstumo de Alejandro con su esposa bactriana Roxana era varón, sería nombrado rey. En este punto Perdicas entregó grandes secciones del imperio a quienes habían sido los mariscales de Alejandro, y en el reparto a Ptolomeo, hijo de Lagos, le tocaron Egipto, Libia y «aquellas partes de Arabia que se encuentran cerca de Egipto», con Cleomenes como segundo al mando.

El acuerdo de Perdicas no podía durar. Simplemente dispuso las piezas para las Guerras de los Sucesores, que como era inevitable estallaron para decidir si el imperio de Alejandro sobreviviría intacto. Esta compleja serie de operaciones se divide en dos fases: la primera, que va desde 321 a 301 a.C., enfrentó a los «unitarios» (sobre todo el propio Perdicas, Antígono *el Tuerto* y su hijo Demetrio *el Asediador*), que intentaban preservar la unidad del imperio, contra los «separatistas» (en especial Ptolomeo, Seleuco y Lisímaco), que estaban decididos a conseguir sus propios reinos. Las ambiciones de Ptolomeo no tardaron en convertirle en el principal problema de los unitarios, que le devolvieron la gentileza con dos invasiones de Egipto, la primera realizada por Perdicas en 321 a.C. y la segunda por Antígono en 306 a.C., ambas derrotadas por la geografía de Egipto más que por el propio Ptolomeo. La cuestión unitaria quedó resuelta en 301 a.C. con la derrota y la muerte de Antígono en Ipsos, que decidió esta fase del conflicto en favor de los separatistas. Para entonces sus protagonistas principales, Ptolomeo incluido, ya se habían adelantado al resultado proclamándose reyes.

## El punto álgido de un reino

La segunda fase de las Guerras de los Sucesores tuvo lugar entre 301 y 280 a.C. y se caracterizó por las luchas entre los separatistas para crear, mantener o incrementar sus reinos. Terminó en 281 a.C. con la muerte de Lisímaco en Coropedio y el posterior asesinato ese mismo año de su conquistador, Seleuco. El resultado de estos enfrentamientos fue crucial para la historia subsiguiente del mundo helenístico, porque significó el nacimiento de tres grandes reinos: Macedonia, con su pretensión de gobernar sus Estados vecinos, que en ocasiones consiguió y en otras no; el Imperio seléucida, asentado en Siria y Mesopotamia; y el Imperio de los ptolomeos, cuyo núcleo eran Egipto y la Cirenaica. En estos reinos tenemos a los protagonistas de la lucha por el poder que dominaría el Mediterráneo oriental y el Levante hasta que Egipto cayó en manos de los romanos en el año 30 a.C.

Es importante comprender que la rivalidad entre estos reinos no se limitaba a cuestiones de control político o militar, por importantes que fueran. La motivación psicológica subyacente se encuentra allí donde cabría esperarla en cualquier contexto grecomacedonio; es decir, en un impulso de autoafirmación que, a su vez, generaba prestigio. Lo más importante era ofrecer una imagen impecable en el ruedo de la actividad grecomacedonia —más allá incluso— y hacer continua sombra a la oposición. Ciertamente, la conquista militar era un medio importante de conseguirlo; pero la creación de un reinado de inigualable esplendor era igual de relevante y podía absorber una gran cantidad de esfuerzo y recursos. En esta batalla por el poder y el prestigio, sin duda los ptolomeos fueron los rotundos ganadores, al menos durante el siglo III a.C.

Para los tres reinos, la cuestión clave de su política y estrategia era extender sus imperios a expensas de los de sus rivales mediante todo tipo de medios, pero la historia de sus conflictos es de todo menos sencilla. Está claro que las ambiciones de los primeros ptolomeos eran tales que suponían una seria amenaza a las aspiraciones de los otros dos jugadores, que consideraron conveniente unir sus recursos para enfrentarse al enemigo común. Por lo tanto, no resulta sorprendente que a comienzos de la década de 270 a.C. nos encontremos con una paz firmada entre los ma-

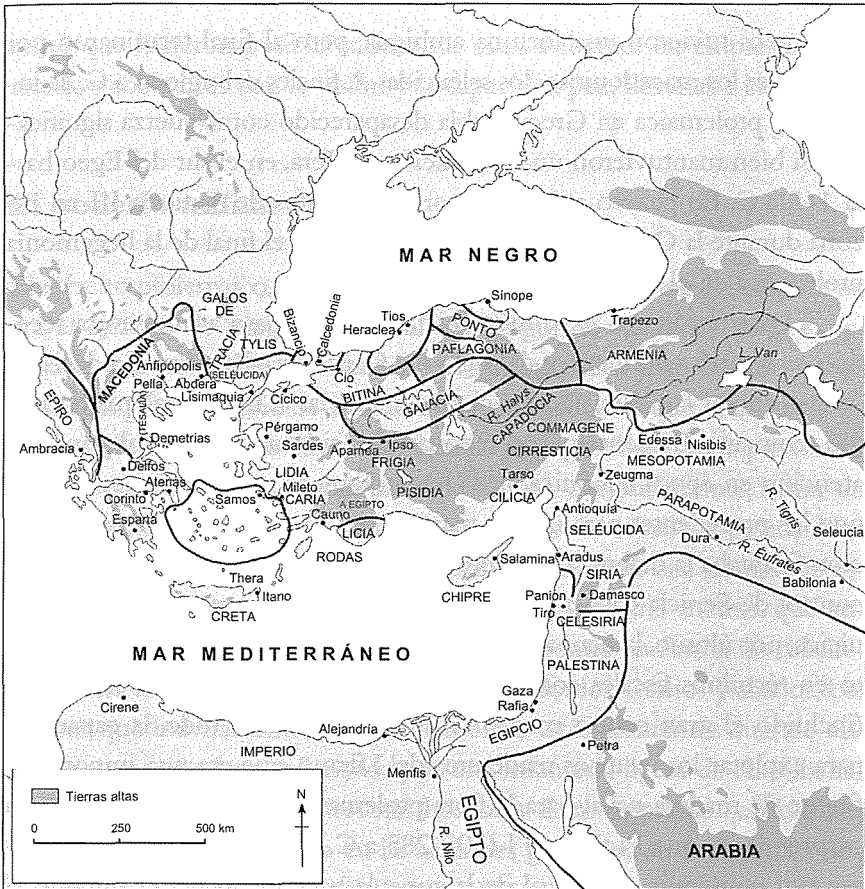
cedonios y los seléucidas, que se convertiría en una de las pocas constantes de la historia del siglo III a.C.

Para los ptolomeos existían dos áreas principales de actividad expansionista: 1) los antiguos centros de cultura griega en el Mediterráneo oriental, y 2) Siria-Palestina. En cuanto al primero, es importante comprender que los soberanos de los reinos helenísticos se sentían macedonios, tenían costumbres macedonias y una cercana y profunda afinidad con la cultura griega. Por lo tanto, el escenario en el que todos ansiaban dejar su huella eran la Grecia continental, el Egeo y las ciudades griegas de la costa de Asia Menor. En términos políticos y militares, para los ptolomeos del siglo III a.C. esto significó una larga lucha por la hegemonía en Grecia contra Macedonia, que había conseguido el control de una gran parte de la zona en época de Filipo II y la consideraba inequívocamente macedonia por derecho de conquista. A su vez, esta lucha llevó a los ptolomeos a apoyar a las principales fuerzas políticas del mundo griego, en especial Epiro, Atenas, Esparta y las ligas Etolia y Aquea, que inevitablemente recurrían a Egipto en busca de ayuda contra el enemigo común; pero esto también implicaba esfuerzos por mantener bases en el Egeo y a lo largo de la costa sur de Asia Menor, además de por controlar Chipre. También requería mantener una alianza con la isla de Rodas, importante desde el punto de vista estratégico y económico. Inevitablemente, las ambiciones ptolemaicas en Asia Menor les enfrentaron con dureza contra los intereses seléucidas en la zona.

A pesar de su rivalidad con los dos grandes reinos helenísticos, en un principio los primeros tres ptolomeos obtuvieron grandes éxitos a la hora de conseguir sus ambiciones en el Egeo. Revisando sus logros en esta región, Polibio escribe lo siguiente:

Su esfera de control incluía a los dinastas de Asia y también las islas, pues controlaban las ciudades, fortalezas y puertos más importantes a todo lo largo de la costa, desde Oanfilia al Helesponto y la región de Lisimaquia. Vigilaban los asuntos de Tracia y Macedonia mediante su control de Eno y Maronea e incluso de ciudades más lejanas y, de este modo, al haber extendido su alcance hasta tan lejos y habiéndose protegido a gran distancia mediante esos reyes clientes, nunca se preocuparon por la seguridad de Egipto. Por eso le concedían, con razón, tanta importancia a los asuntos exteriores [...].

(Polibio, 5, 34)



Mapa de la región mediterránea durante la época ptolemaica (332-30 a.C.).

No obstante, tenemos que interpretar con cuidado estas palabras. Polibio no está diciendo que los ptolomeos dirigieran un imperio con fronteras claramente definidas y una administración imperial coherente. El pasaje revela —lo cual queda confirmado por otras pruebas— que este «imperio» era en realidad una cuestión de matices, una amalgama de bases, alianzas, protectorados y facciones o individuos amistosos, frecuentemente comprados mediante el oro egipcio, que formaban una red de nodos mediante la cual los ptolomeos podían ejercer poder político y militar. Tampoco se trataba de una esfera estática, ni siquiera en estos primeros días. En las luchas generadas por estas ambiciones, los primeros

ptolomeos tuvieron una fortuna ambigua, pero al final terminaron por prevalecer los macedonios y los seléucidas. A finales del siglo III a.C., la influencia ptolemaica en Grecia había desaparecido como fuerza significativa, si bien mantuvieron una guarnición en Tera, en el sur del Egeo hasta 145 a.C. En cuanto a Asia Menor, los triunfos de Antíoco III en esa zona durante la Quinta Guerra Siria precipitaron el final de la hegemonía ptolemaica en el oeste y la costa sur *c.* 195 a.C.

El patrón de una expansión inicial, que dio paso a una severa recesión, se repitió a comienzos del siglo II a.C. en Siria-Palestina. La decisión de incorporar la Celesiria y las ciudades fenicias al reino ptolemaico surgió temprano. Evidentemente, la zona había sido un tradicional punto de atención en época faraónica, pero los ptolemeos tenían mejores razones que los precedentes para querer mantenerla: estratégicamente, su ocupación facilitaba la defensa de Egipto y de la provincia egipcia de Chipre; el control de Fenicia daba a los ptolemeos acceso a los recursos navales fenicios; por último, la ocupación también suponía grandes beneficios, tanto en términos fiscales como de acceso a las grandes rutas comerciales (incluido el gran centro mercantil de Petra) y, sobre todo, la capacidad para explotar los recursos madereros del Líbano, que era una importante fuente de madera naval para la flota ptolemaica. Por lo tanto, no resulta sorprendente que Ptolomeo I (305-285 a.C.) realizara repetidos esfuerzos por conseguir el control de la zona: la tuvo en su poder durante el período 320-315 a.C. y brevemente tras la batalla de Gaza en 312 a.C.; pero en 301 a.C. ocupó Siria-Palestina, probablemente hasta el río Éufrates, a pesar de que este territorio le había sido concedido a Seleuco tras Ipsos. La determinación de los ptolemeos por mantener sus aspiraciones fue el origen de no menos de seis Guerras Sirias durante el reinado de Ptolomeo II (285-246 a.C.) y terminó durante el de Ptolomeo VI (180-145 a.C.), si bien la cuestión fue decidida definitivamente por la derrota egipcia en Panion en 200 a.C., como resultado de la cual Ptolomeo V (205-180 a.C.) accedió *c.* 195 a.C. a las exigencias de los seléucidas sobre Siria y Fenicia.

Estos éxitos militares ptolemaicos y su fracaso final estuvieron ligados a una serie de condiciones: un ejército y una armada efectivos; un sistema administrativo que les proporcionaba la base, sobre todo la infraestructura económica, para mantener la expansión; unas condiciones dentro del

reino que hicieron posible concentrar estos esfuerzos en empresas exteriores; y soberanos con la visión y la capacidad para llevarlas a cabo.

## El poderío militar

El ejército ptolemaico, al igual que el resto de sus homólogos helenísticos, era el ejército de Alejandro, modificado según los dictados de la experiencia y la necesidad. Las fuerzas del conquistador macedonio estaban formadas por una serie de unidades complementarias que eran el reflejo de un concepto táctico basado en fijar al enemigo mediante la presión de la infantería a lo largo de gran parte de la línea y, seguidamente, lanzar un ataque decisivo en un punto escogido mediante la caballería pesada. Esto significaba que los principales elementos tácticos eran una falange de infantería pesada armada con picas de gran longitud (5,5 metros, que aumentaron posteriormente) y una fuerza de choque en forma de caballería pesada, formada por escuadrones de macedonios, tesalios y aliados. Los huecos que inevitablemente aparecían entre estos elementos cuando entraban en acción eran rellenados por una infantería ligera de élite llamada *hypaspists*, formada por tres mil hombres. Estas tropas de combate, de las que dependía la victoria en las acciones generales, se completaba con una amplia selección de tropas ligeras, tanto a caballo como a pie, en gran parte mercenarias y suplementadas con un equipo de asedio altamente sofisticado.

Si estudiamos el ejército de los ptolomeos nos encontramos con muchas cuestiones que Alejandro hubiera reconocido de inmediato. En Gaza, en 312 a.C., el asalto ptolemaico fue realizado por una fuerza de tres mil jinetes armados con espadas y la tradicional pica macedonia de caballería o *xyston*. Ésta consiguió coger de flanco a la caballería enemiga, que se rompió y abandonó el campo, dejando expuesta a su falange a un asalto desde el flanco izquierdo. Enfrentada a esta amenaza, la falange no tardó en darle la espalda y salir huyendo en confusión. Casi un siglo después, la disposición táctica en Rafia (217 a.C.) fue muy similar: la caballería del ala izquierda de Ptolomeo IV fue expulsada del campo por sus contrarios seléucidas, mientras que la caballería egipcia del ala derecha hizo lo mismo y derrotó a los jinetes seléucidas a los cuales se enfrenta-

ban. En esta batalla la victoria la decidió la falange ptolomea, que, animada personalmente por el rey, levantó sus picas y cargó contra la falange contraria, que no tardó en hundirse. En 200 a.C., Panion nos proporciona otro ejemplo de la caballería actuando como fuerza de choque, en este caso para desgracia del ejército ptolomaico, puesto que la caballería selúcida fue capaz de deshacer su ala izquierda, expulsarla del campo de batalla y luego regresar para amenazar la retaguardia de la falange ptolomaica, que no tuvo más remedio que huir.

A pesar de la subyacente similitud táctica existente entre los ejércitos de Filipo II y Alejandro, en las tres acciones descritas hubo una crucial innovación: el uso de los elefantes de guerra, una táctica aprendida de los hindúes. Los elefantes se utilizaban como el equivalente de los tanques modernos, para atacar y dismantelar la línea enemiga. Una solución para este tipo de asalto era, en primer lugar, impedir que los proboscideos alcanzaran la línea, lo que Ptolomeo I consiguió brillantemente en Gaza, colocando delante de su ejército una pantalla de hombres armados con estacas recubiertas de hierro, fijadas al suelo para bloquear el avance de los elefantes de Demetrio. Otra solución, claramente adoptada en general, era atacar a los elefantes y sus jinetes con tropas ligeras muy móviles armadas con jabalinas o arcos. Esto significaba, a su vez, que cualquier fuerza que utilizara elefantes no podía avanzar sin su propia tropa ligera destinada a neutralizar la del enemigo. El principal problema de los ptolomeos al utilizar elefantes era conseguir un suministro adecuado de animales de buena calidad, es decir, indios. No sabemos de ninguno en el bando de Ptolomeo I en Gaza, pero tras derrotar a la fuerza de elefantes de Demetrio capturó a los animales supervivientes. Los ptolomeos intentaron resolver el problema a largo plazo utilizando elefantes africanos y nuestras fuentes mencionan cacerías de estos animales en varias ocasiones. Desgraciadamente, los únicos elefantes africanos que se pueden entrenar son los de bosque, que son una variedad más pequeña que la hindú, de modo que no es de extrañar que en Rafia los elefantes de Ptolomeo IV no tardaran en retirarse y caer contra sus propias líneas, con serias, cuando no desastrosas, consecuencias para todo el ejército. En Panion no se dice nada de elefantes ptolomaicos, aunque la única fuente que se conserva de esta acción es muy defectuosa. No obstante, conviene mencionar que se afirma que los elefantes selúcidas aterraron a la caballería etolia en la crucial ala

izquierda egipcia y también se menciona a estos animales tomando parte en el movimiento final contra la falange ptolemaica, que decidió la derrota de todo el ejército.

Uno de los cambios más notables producido en el ejército ptolemaico de los siglos IV y III a.C. fue la progresiva disolución de su elemento macedonio, inicialmente en favor de los mercenarios, pero que al final condujo a la incorporación al mismo de los *machimoi* o clase guerrera egipcia. Ya en Gaza en 312 a.C. Diodoro describe que el ejército contaba con 18.000 infantes y 4.000 jinetes, en parte macedonios, en parte mercenarios; pero también nos informa de que había numerosos egipcios, algunos encargados de la impedimenta y otros como soldados, probablemente auxiliares. Cuando tuvo lugar la batalla de Rafia, esta tendencia había progresado mucho. Ptolomeo IV dispuso de una fuerza de caballería de elite de 3.000 jinetes, de los que más de 2.000 eran libios o egipcios; en cuanto a su falange de 45.000 soldados, no menos de 20.000 eran egipcios. Ptolomeo contó también con 2.000 jinetes mercenarios, tanto griegos como no griegos, 3.000 cretenses, 3.000 libios y 4.000 tracios y gálatas. De hecho, es muy poco probable que los macedonios y sus descendientes fueran entonces más que una pequeña parte del ejército.

Los costes de una fuerza mercenaria de tal envergadura eran una sangría para los recursos de la Corona, que sólo podía asumirse si la economía del país estaba funcionado de forma adecuada; los profundos trastornos internos que surgieron tras la muerte de Ptolomeo IV están unidos a la incapacidad de los soberanos de Egipto para mantener este tipo de tropas. Los ptolomeos se ocuparon pronto del problema de garantizar un adecuado suministro de soldados, sacados de los grupos étnicos tradicionalmente explotados por Macedonia: su solución consistió en la creación de una amplia reserva militar estacionada en asentamientos diseminados por todo el país. En ellos se concedía a los soldados lotes de tierra, cuyo tamaño era determinado tanto por el rango como por el tipo de unidad a la que pertenecían. En muchas ocasiones los militares no trabajaban la tierra ellos mismos y se limitaban a utilizarla como fuente de ingresos; pero la recibían en el entendimiento de que siempre que se les necesitara entrarían en servicio, como en el caso de los 4.000 tracios y gálatas mencionados en el desarrollo de la campaña de Rafia. No obstante, resulta curioso que se trate del único contingente de este tipo mencionado

por Polibio en esta coyuntura; por otra parte, el hecho de que se tratara de un porcentaje relativamente pequeño del ejército reunido para esta operación indica que los *clerucos* (colonos militares a los cuales el soberano concede unos lotes de tierra llamados *kleroi*) no eran considerados la fuente ideal para formar el grueso del ejército.

Otra solución obvia para el problema de la mano de obra militar era la milicia egipcia o *machimoi*, una respuesta que aparentemente se intentó por primera vez en Gaza y cayó en desuso durante muchos años, probablemente por una clara conciencia de sus desventajas políticas. Finalmente, las necesidades a corto plazo terminaron con las consideraciones a largo plazo y en Rafia, donde el grueso de la falange que le dio la victoria a Ptolomeo estaba formado por soldados egipcios, encontramos a este grupo utilizado con un éxito espectacular. La creciente confianza en esta clase, originada por las progresivas dificultades para conseguir tropas en las tradicionales fuentes ptolemaicas, condujo a un cambio crítico en el equilibrio del poder dentro del país, que Polibio describe con agudeza:

En cuanto a Ptolomeo, su guerra contra los egipcios siguió de inmediato tras estos acontecimientos. El ya mencionado rey, al armar a los egipcios para su guerra contra Antíoco, decidió un curso de acción que era apropiado para las circunstancias inmediatas, pero que ignoraba las consecuencias futuras. Pues los soldados, exaltados por su victoria en Rafia, dejaron su inclinación a recibir órdenes y se reunieron en torno a un líder, pensando que eran capaces de cuidarse por sí mismos. En lo cual tuvieron éxito al final, no mucho después.

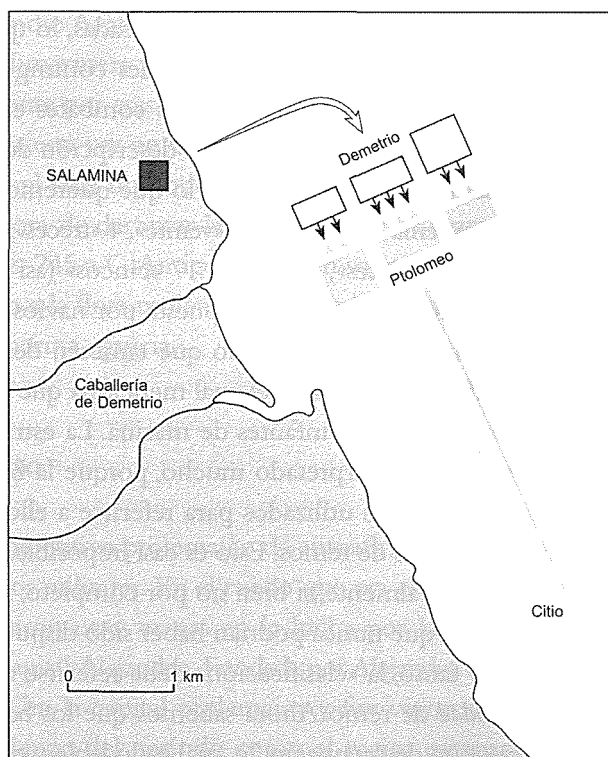
(Polibio, 5, 107)

No obstante, el ejército no era el único requisito. La consecución de las ambiciones ptolemaicas en el Egeo y el Mediterráneo oriental dependía también del mantenimiento de una poderosa flota de combate. Esta fuerza no sólo era un medio para crear y mantener una presencia ptolemaica en la zona, sino que también era un arma en la guerra propagandística por el prestigio y la categoría. Como en épocas más modernas, las grandes y poderosas unidades navales podían utilizarse para generar sentimientos de poder, incluso cuando no se trataba de un enfrentamiento armado directo. La tremenda importancia estratégica de la flota fue com-

prendida desde el comienzo del Período Ptolemaico y su auge y declive son un barómetro infalible de las fortunas imperiales y políticas de los lágidas en el mundo griego.

Tácticamente, la guerra naval se desarrolló hasta un grado notable a finales del siglo IV a.C. Esta tendencia es evidente en el mejor documentado de los enfrentamientos navales ptolemaicos, la batalla de Salamina, que tuvo lugar en la costa este de Chipre en 306 a.C. y terminó con una catastrófica derrota de la flota egipcia. La acción se originó como resultado de un intento de Ptolomeo por socorrer a su hermano Menelao, que estaba siendo asediado por tierra y mar en Salamina por Demetrio, hijo de Antígono. Ptolomeo contaba aproximadamente con 140 barcos de guerra, contra quizá unos 180 del enemigo. Diodoro, nuestra fuente más completa, desgraciadamente para nuestro propósito, proporciona más información sobre la flota de Demetrio que sobre la de Ptolomeo, pero es indudable que sus detalles son aplicables tanto a una como a otra. Varios

La disposición de las flotas en la batalla de Salamina ejemplifica el principio de un fuerte ataque concentrado sobre una parte de la línea enemiga, muy utilizado en los combates terrestres tras la batalla de Leuctra, en 371 a.C. El ala izquierda de Demetrio, que dirigió personalmente, era el ala pesada, en la que confiaba para aplastar a su contrincante, envolver sus líneas y empujarlas contra la costa; en cambio, el centro y el ala derecha eran relativamente ligeras. Ptolomeo situó el peso de su ataque sobre el ala izquierda, que venció a su contrincante; pero el pesado contingente de Demetrio puso en fuga al ala derecha que se le enfrentaba y luego hizo que se viniera abajo el centro ptolemaico.



puntos destacan: en primer lugar, se nos habla de *soldados* embarcados que participaron en muchas acciones; en segundo lugar, Demetrio equipó a sus navíos con balistas y catapultas capaces de lanzar flechas de tres palmos (c. 0,5 metros de longitud), que fueron utilizadas con éxito; en tercer lugar, participaron navíos de distintas categorías —por ejemplo, la poderosa ala izquierda de Demetrio contenía 30 «cuatros», 10 «cincos», 10 «seises» y 7 «sietes», si bien el grueso de la flota estaba formado por «cincos»—. Por otra parte, la flota ptolemaica estaba compuesta enteramente de «cincos» y «cuatros»; además, ambas flotas parecen haberse dispuesto para la batalla en tres grupos de combate —un centro con un ala a cada lado—, pero Demetrio hizo que su ala de mar abierto fuera particularmente poderosa, mientras que Ptolomeo hizo lo propio con su ala de tierra; finalmente, debemos mencionar que las flotas emplearon un primitivo sistema de señales.

Este resumen revela varios rasgos importantes. En primer lugar que la guerra naval estuvo poderosamente influida por la guerra terrestre. Si bien seguían realizándose las maniobras a remo, el énfasis pasó de las batallas de maniobras a las batallas terrestres embarcadas, lo que llevó a la creación de navíos capaces de transportar grandes contingentes de infantería de marina, que eran quienes decidían los combates en sus enfrentamientos cuerpo a cuerpo con el enemigo. La descripción de Ateneo de la flota de Filadelfo demuestra perfectamente lo que queremos decir: no sólo menciona que contenía 2 «treintas», 1 «veinte», 4 «treces», 2 «doces», 14 «onces», 30 «nueves», 37 «sietes», 5 «seises», 17 «cincos» (así como una fuerza que doblaba en número al resto, compuesta por navíos que iban desde «cuatros» hasta «unos y medios»), sino que también describe un monstruoso «cuarenta» de Ptolomeo IV, del cual menciona que era capaz de transportar no menos de 2.850 infantes de marina. La estructura de estos navíos pesados se ha malinterpretado mucho, porque la bibliografía antigua interpreta los términos utilizados para referirse a ellos como menciones al número de bancos de remos. Esto es casi imposible. Estos navíos eran impulsados principalmente, si bien no por completo, mediante múltiples filas de remeros, que nunca podrían haber sido dispuestas en más de tres alturas; por lo tanto, la «clasificación» debe referirse al número de remeros en cada *unidad* de remo. Ahora sabemos que los barcos más grandes poseían estructura de catamarán, lo cual indudablemente hubiera incremen-

tado mucho la cubierta disponible para la infantería de marina, haciendo de estos navíos un elemento formidable en una batalla terrestre luchada en el mar. La militarización de la guerra naval se ve también en la práctica de montar artillería en los barcos, que obviamente es un reflejo de la cada vez mayor importancia que tuvo este tipo de arma, tanto para la guerra de asedio como en el campo de batalla, en los ejércitos de Filipo II y Alejandro. El uso de un ala pesada como fuerza de choque por parte de ambos protagonistas es otro rasgo de la adaptación de la guerra terrestre al mar, puesto que este principio era un dispositivo táctico fundamental en el ejército macedonio. El uso de señales también procedería de la misma fuente.

Por poderosa y efectiva que fuera la flota ptolemaica durante los primeros cincuenta años de la dinastía, sus esfuerzos en la construcción naval no podían garantizar por sí mismos éxitos constantes, por lo cual, a mediados del siglo III a.C., sus flotas sufrieron tres reveses que presagiaron la gradual disminución del poder marítimo ptolemaico en la zona: en Éfeso (probablemente en 258 a.C.) una flota ptolemaica sufrió un revés a manos del almirante rodio Agatóstrato, en este caso probablemente al ser superada en capacidad marinera y no durante la lucha entre la infantería de marina; aparentemente por esas mismas fechas, los ptolomeos sufrieron un segundo gran revés, esta vez en Cos y a manos de Antígono Gonatas, rey de Macedonia, en el cual un poderoso barco de tres bancos tuvo un papel destacado a la hora de decantar la victoria para los macedonios; finalmente, parece que *c.* 245 a.C. Antígono, si bien sobrepasado en número, infligió otra derrota a la flota ptolemaica en Androd, esta vez al derrotar a la infantería de marina egipcia.

## La tierra de Egipto

El intenso espíritu competitivo ptolemaico de autoafirmación no se limitó a los enfrentamientos militares. En el ruedo que era el mundo helenístico también se utilizaron otras armas en la lucha por la categoría y el prestigio, entre ellas la capital: Alejandría. Fundada por Alejandro en 331 a.C., la ciudad se convirtió en la capital ptolemaica y fue vigorosamente explotada desde el comienzo del período como el mejor escaparate de la

riqueza y esplendor ptolemaicos y, al mismo tiempo, como el medio no militar más significativo mediante el cual los ptolomeos podían competir y sobrepasar a sus rivales. No tardó en convertirse en la ciudad más espectacular del mundo helenístico. Estrabón, que la visitó justo antes de la desaparición de la dinastía ptolemaica, no tenía ninguna duda sobre la importancia de la ostentosa exhibición de los edificios ptolemaicos. Así describe el barrio del palacio, en la zona norte de la ciudad:

La ciudad tiene los más bellos recintos y palacios públicos, que ocupan entre un cuarto y un tercio de su extensión total. Pues como cada rey, por amor al esplendor, solía añadir algún tipo de adorno a los monumentos públicos, del mismo modo invertía a su costa en una residencia, además de las que ya existían, de modo que ahora, por citar al Poeta [Homero]: «hay edificio tras edificio». Todos, sin embargo, están conectados, tanto unos con otros como con el puerto, incluso los que se encuentran fuera del puerto.

(Estrabón, *Geografía*, 17, 1, 8)

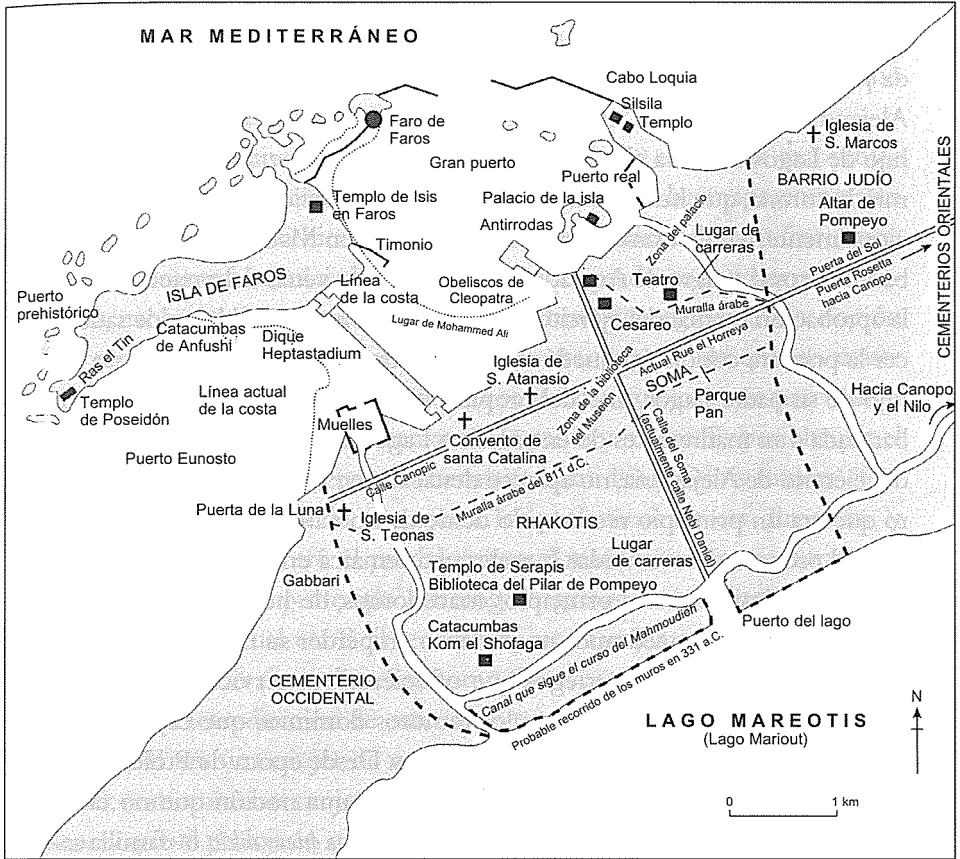
Pero había mucho más. Estrechamente asociado a estas instalaciones estaba el *Soma*, el lugar de enterramiento de los reyes ptolemaicos, que también contenía el cuerpo del propio Alejandro Magno, guardado originalmente en un sarcófago de oro reemplazado después por otro de cristal. La posesión de este cuerpo era en sí misma uno de los principales activos propagandísticos de los que disfrutaban los ptolomeos y era el resultado de una astuta operación de secuestro, llevada a cabo por Ptolomeo, hijo de Lago, cuando el cadáver estaba siendo trasladado hacia Macedonia para ser enterrado en la necrópolis de Egas. Evidentemente, el más espectacular de todos los edificios de Alejandría era el faro, situado en el extremo este de la isla de Faros. Otro elemento destacado de la ciudad era el Museion, del que formaba parte la mundialmente famosa biblioteca. La institución fue fundada por Ptolomeo I como parte de su política para convertir a Alejandría en el centro de la cultura griega. El Museion se modeló según las escuelas de Platón y Aristóteles en Atenas y, al igual que ellas, era un centro de investigación y enseñanza. Se hicieron grandes esfuerzos para conseguir volúmenes para la biblioteca y el agente de Ptolomeo I, Demetrio de Falero, mandó a sus buscadores a todos los rincones del mundo griego para conseguir los textos necesarios. Tanto éxito

tuvieron los esfuerzos de los ptolomeos en este aspecto, que al final de este período parece que la biblioteca contaba con 700.000 volúmenes y la instalación al completo proporcionaba un marco soberbio para la erudición y la investigación científica. Siendo así, Alejandría no tardó en convertirse en el principal centro de estas actividades, con figuras tan importantes como Eratóstenes de Cirene (c. 285-194 a.C.) en ciencias, Herófilo de Calcedonia (c. 330-260 a.C.) en medicina, Zenódoto de Éfeso (nacido c. 325 a.C.) y Aristarco de Samotracia (c. 217-145 a.C.) en erudición literaria, y Apolonio de Rodas y Calímaco de Cirene (ambos del siglo III a.C.) en escritura creativa.

Alejandría también tenía potencial como sede para grandes acontecimientos panhelénicos que atrajeran participantes de todo el mundo griego, quienes así podían maravillarse de la ciudad, que se había convertido en la obra maestra de los ptolomeos. Ptolomeo II llegó incluso a crear una fiesta cuatrienal llamada Ptolemaieia (probablemente en 279/278 a.C.), con la que pretendía honrar a su padre y, al mismo tiempo, a la dinastía que había fundado. Nuestras fuentes son bastante claras respecto a su pretensión de que la fiesta consiguiera la misma categoría que los propios Juegos Olímpicos. Estamos particularmente bien informados respecto a una espectacular obra teatral organizada en honor de Ptolomeo II, que ilustra hasta qué punto estaban dispuestos a llegar y gastar estos soberanos para impresionar a su audiencia grecomacedonia. Calixeno de Rodas describe con gran detalle una *pompe*, «procesión», realizada en el estadio de la ciudad y, como preámbulo, nos habla del notable pabellón construido en la zona del palacio destinado a albergar un gran *symposion*, «fiesta de bebida», para los huéspedes más distinguidos. La estructura era notable por su tamaño y esplendor, además de contener muchos detalles valiosos: objetos y equipo extraordinariamente caros y espléndidos, una excelente variedad de pieles de animales de tamaño inusual, ricos adornos florales imposibles de conseguir en ningún otro lugar del mundo, sin contar las esculturas y pinturas de la mayor calidad y valor. La estructura estaba diseñada además para hacer alarde de la realeza ptolemaica: en varios puntos combinaba motivos griegos y egipcios, destacando el águila heráldica ptolemaica, que relacionaba a la familia con Zeus, insistiendo en los detalles militares de la realeza egipcia y reafirmando sus lazos con Apolo y Dioniso. La procesión de Dioniso, a la que esta notable estructura pre-

tendía dar servicio, continuaba con la misma línea de propaganda: los objetivos dinásticos se veían con fuerza en la asociación de Ptolomeo I, Berenice y el propio Alejandro Magno; la marcada dimensión dionisiaca de la procesión afirmaba la relación de la dinastía con el dios; la riqueza del reino se enfatizaba enormemente mediante abundantes referencias a los valiosos bienes a los que tenía acceso, como el incienso, la mirra, el azafrán y el oro, así como a la productividad agrícola de Egipto. El acceso a animales notables en grandes cantidades también era un rasgo importante; se hacía una referencia a la política exterior con el símbolo que representa en la procesión a la estratégicamente crítica ciudad de Corinto y el poderío militar de Egipto quedaba bien grabado en el espectador mediante la participación de una fuerza de no menos de 57.600 infantes y 23.200 jinetes. En todas las actividades de Alejandría, arquitectónicas y de otros tipos, el énfasis se ponía de forma abrumadora en las cuestiones grecomacedonias; pero los ptolomeos eran muy conscientes de la fascinación que la civilización faraónica siempre había causado en el mundo griego y estaban más que dispuestos a añadir un toque exótico procedente de esa parte del reino. No resulta sorprendente, por lo tanto, encontrar pruebas de un amplio traslado de monumentos a Alejandría o hallar en la ciudad ejemplos de estatuas colosales de los reyes y reinas ptolomaicos representados según el estilo tradicional egipcio.

Los gastos de mantenimiento de estas operaciones militares y sus pretensiones dinásticas eran enormes y presuponían la existencia de una infraestructura muy efectiva, capaz de maximizar el potencial de la economía egipcia tanto en el interior como en el exterior. El método más efectivo de gobernar la tierra de Egipto había sido desarrollado por los propios egipcios. Los ptolomeos lo sabían muy bien y, esencialmente, se limitaron a refinar el antiguo sistema para conseguir de él el máximo beneficio económico. El principio clave del gobierno era la realeza, pero una realeza bastante más compleja que la de sus predecesores egipcios. Los ptolomeos no eran sólo faraones, sino también reyes macedonios que gobernaban a una élite grecomacedonia dentro del país, así como a otros súbditos fuera de él. Desde el punto de vista de los macedonios, la reclamación del rey sobre Egipto y sus provincias dependientes reposaba en el hecho de que se trataba de territorio «ganado con la lanza», es decir, que su derecho de gobierno era el derecho de conquista, gracias al cual el reino se convirtió en su



La ciudad de Alejandría. Su preeminencia comercial se basaba en tres puertos principales: el profundo Gran Puerto, formado por el cabo Loquia y la isla de Faros, que estaba unida a tierra firme mediante el artificial Heptastadium (que a la vez era un acueducto), capaz de albergar a los barcos más grandes; el puerto Eunosto, al oeste; y el puerto del lago Mareotis, que recibía los cargamentos de tierra firme con los cuales se alimentaban las exportaciones. Las calles de la ciudad estaban diseñadas con un trazado ortogonal, con la calle principal (treinta metros de anchura) orientada de este a oeste desde la puerta Canónica hasta la puerta de la Luna. Los barrios principales de la ciudad eran (de oeste a este): la Necrópolis (famosa por sus jardines), Rhakotis (la zona egipcia), el Barrio Real y el Barrio Judío.

heredad, que podía administrar a su gusto. Al principio, la realeza fue ejercida por Alejandro Magno y luego por su hermano Arrideo, a quien siguió Alejandro IV (317-310 a.C.), hijo del conquistador. En teoría, Ptolomeo, hijo de Lagos, sólo era el gobernador de la provincia; pero en 305 a.C. asumió la corona, que hubo de mantener según la tradición macedonia. Tradicionalmente, para reclamar con acierto el trono, en Macedonia se necesitaban dos cosas: sangre de Argead corriendo por las venas del pretendiente y la aprobación formal del ejército al ascenso al trono. El problema de satisfacer la primera condición quedó resuelto al afirmarse que Ptolomeo no era hijo de su padre Lagos, sino del propio Filipo II, quien habría dejado embarazada a su madre antes de entregarla a Lagos. En cuanto a la aclamación del ejército de Alejandría, no aparece destacada en las fuentes, pero está claro que era un principio reconocido desde tiempo atrás.

El proceso de convalidar la realeza ptolemaica en contextos no egipcios no se limitó a estos principios macedonios; de hecho, no podía hacerlo, porque los macedonios no tardaron en perder su importancia en el reino ante la miríada de griegos que ofrecieron sus servicios a Egipto o que aparecían como súbditos en los remotos dominios que cayeron inicialmente ante la autoridad de los ptolomeos. Desde época de Ptolomeo II se afirmaba que el rey y su esposa eran dioses, una noción que no tardó en convertirse en la de que el rey pertenecía a una *hiera oikia* o «familia sagrada» formada por el rey y todos los soberanos muertos de la dinastía, Alejandro Magno incluido, a través de los cuales los ptolomeos podían hacer descender su linaje del propio Zeus (en caso de que no se aceptara su afirmación de que descendían de Filipo). Estos conceptos también trajeron con ellos la afirmación de que descendían de Heracles y Dioniso, que tuvo un papel destacado en la propaganda de la realeza de los ptolomeos. Esta serie de conceptos estaba asociada a un culto de ofrendas en honor del rey y su consorte, que en esencia era un culto al soberano, el cual proporcionaba a los súbditos griegos la posibilidad de reconocer y reafirmar de forma colectiva la posición política de los ptolomeos. Esto quiere decir que tenemos ante nosotros un caso claro de uso de la actividad cultural en apoyo de un sistema político; un mecanismo cuyos méritos no pasaron por alto los emperadores romanos. Se dice que esta creación se inspiró en conceptos egipcios, pero cualquiera que conozca el desarrollo del pensamiento griego del siglo IV a.C. sobre la relación entre

lo humano y lo divino y el claro desdibujamiento de la línea que separaba al hombre del dios no tendrá dificultades a la hora de identificar como helénicos los antecedentes de esta noción.

Una circunstancia notable ocurrida en el seno de la casa real ptolemaica fue la instauración del matrimonio hermano-hermana como una práctica recurrente, si bien no consistente. Se ha afirmado con frecuencia que esta costumbre, iniciada por Ptolomeo II, casado con su hermana Arsinoe, evolucionó a partir del precedente histórico egipcio; una noción que se ha conservado hasta en obras recientes, a pesar de que no existe ningún documento fiable que permita sospechar que los reyes practicaran nunca el matrimonio entre hermanos de padre y madre. Es posible que el matrimonio *mitológico* hermano-hermana entre Isis y Osiris tuviera cierta influencia a la hora de empujar a los ptolomeos en esa dirección, y ciertamente se encontró el paralelo; pero el matrimonio entre hermanos posee un evidente prototipo mitológico griego en el matrimonio de Zeus y Hera, al cual era fácil recurrir en una familia que afirmaba tener como antepasado a este dios. Sea como fuere, es muy posible que los motivos para la introducción de esta unión tuvieran una razón muy práctica. Arsinoe II era una mujer de una formidable habilidad y fortaleza de carácter, como muchas mujeres de la elite grecomacedonia —no es coincidencia que el ptolomeo mejor conocido sea Cleopatra VII (51-30 a.C.)— y este tipo de matrimonio garantizaba, o ayudaba a garantizar, que trabajara en favor de su hermano y no en su contra. Además, gracias a este matrimonio, Ptolomeo II conseguía que su hermana no se casara con un posible rival, cuya posición habría quedado entonces muy reforzada. Por encima de todo, la unión aseguraba a los ptolomeos el control de los abundantes bienes de los que disponía la reina gracias a su anterior matrimonio. Una vez creado, el precedente fue seguido por muchos soberanos ptolemaicos y estuvo lejos de ser un activo sin mácula. Su problema más evidente fue que, al crear una base institucional para que las mujeres de la familia real ejercieran el poder regio al más alto nivel, los ptolomeos debilitaron la posición de la propia monarquía y contribuyeron significativamente a la larga historia de inestabilidad dinástica que paralizó a la familia. Los peligros inherentes a esta práctica se vieron agravados todavía más por el gusto ptolemaico por la poligamia, que no podía sino crear desastrosas rivalidades por la sucesión.

En cuanto a los egipcios, situaron a los ptolomeos en el papel de faraón, la única forma de legitimación del poder político supremo que conocían. El primer ptolomeo que *se sabe* que fue coronado faraón al modo tradicional fue Ptolomeo V, pero la tradición dice que Alejandro también realizó esta ceremonia y existen muchísimas probabilidades de que se tratara de una práctica estandarizada. Ciertamente, desde el momento mismo de la conquista macedonia todos ellos fueron *tratados* como faraones en los monumentos egipcios.

Por debajo del rey encontramos una estructura administrativa que posee todos los rasgos del sistema egipcio, pero que es más precisa. La preocupación general del sistema ptolemaico a todos los niveles era el fisco, un hecho que se refleja en las actividades del *dioiketes*, «gerente», el funcionario más importante del Estado, cuya principal inquietud era la administración financiera del reino. Le ayudaba todo un ejército de subordinados, incluidos el *eklogistes*, «contable», y en un momento posterior el *ideos logos*, «fondos particulares», que era responsable de los recursos privados del rey. Este enfoque económico también se observa cuando nos centramos en el gobierno local, basado en el sistema tradicional de «nomoi» (la palabra griega para el antiguo egipcio *sepatu*), que estaba formado por unos cuarenta distritos administrativos, comparables a los modernos condados británicos. Dentro de estas provincias, lo principal era la producción agrícola. Técnicamente, toda la tierra pertenecía a la Corona, pero por motivos prácticos estaba dividida cuidadosamente en dos categorías: *basilike ge*, «tierra real», trabajada por los «granjeros reales», que tenían un contrato de arrendamiento y pagaban una renta anual; y la *ge en aphesei*, «tierra remitida», con varias categorías: *hiera ge*, «tierra del templo», entregada a los templos como su base económica; *klerouchike ge*, «tierra trabajada por los clerucos», parcelas que se pueden encontrar en todo el país y que consistían en *kleroi*, «lotes», entregados a los soldados a cambio del servicio militar; *ge en doreai*, «tierra poseída como regalo», asignada a sirvientes de la Corona como estipendio por el ejercicio de un cargo gubernamental y ligada a éste; *idioktetos ge*, «tierra privada», es decir, tierra que de facto, cuando no de iure, era poseída por particulares; y, por último, *politike ge*, «tierra de la ciudad», asignada a las muy escasas ciudades de tipo griego existentes en Egipto. No obstante, cualquiera que sea el título de la tierra, la actividad agrícola era cuidadosamente controlada por el gobierno central

hasta sus más mínimos detalles, con el único objetivo de maximizar los ingresos del tesoro real. El siguiente extracto de un papiro administrativo es un ejemplo típico del inflexible y omnipresente rigor del sistema:

Haz una auditoría de las cuentas de los ingresos; si es posible, poblado por poblado, y pensamos que no es imposible si te dedicas a ello afanosamente. Si no es posible, [hazlo] según las toparquías, aprobando en la auditoría nada más que los pagos al banco en el caso de los impuestos en dinero, y en el caso de las cuotas en grano o aceite aprobando sólo entregas a los cobradores de grano. Si hay en ellas algún déficit, obliga a los toparcas y a los granjeros a pagar a los bancos, por los atrasos en grano, los valores asignados en la ordenanza, para aquéllos que producen aceite, el producto líquido según su clase.

(*Papiro Tebtunis*, 703, 117-134)

Se puede ver el mismo nivel de control estatal en la demás formas de actividad económica: la explotación de las minas y canteras, la producción de papiro, las operaciones del nuevo sistema bancario, el control de la moneda y también en el comercio exterior, en el que Filadelfo se mostró notablemente activo, no sólo abriendo o manteniendo lucrativas relaciones comerciales con el extranjero, sino facilitándolo mediante empresas de ingeniería a gran escala, como la conclusión del faro de Faros, la mejora del camino de Koptos que comunicaba el valle del Nilo con el mar Rojo y la reapertura del antiguo canal persa que unía la rama pelusiaca del Nilo con el golfo de Suez.

Durante la primera fase del gobierno ptolemaico las relaciones entre la elite macedonia y sus súbditos egipcios no siempre está clara y, donde lo es, presenta algunas inconsistencias. Una inscripción de Akhmin parece referirse a una princesa ptolemaica que se había casado con un príncipe de la XXX Dinastía y, ciertamente, la antigua aristocracia egipcia no quedó relegada a la impotencia: parece que algunos miembros del linaje real de la XXX Dinastía mantuvieron sus cargos militares durante el Período Macedonio, y en el reinado de Ptolomeo II encontramos a un hombre llamado Sennushepes como supervisor del harén real y poseedor de un alto cargo en el nomo koptita; otra documentación del mismo reinado sitúa a otros egipcios en importantes cargos administrativos y militares dentro del nomo mendesiano. Estos y otros casos permiten sospe-

char que el egipcio Dioniso Petoserapis, que aparece con un alto cargo cortesano en Alejandría en la década de 160 a.C., tuvo más precedentes a comienzos del Período Ptolemaico de los que estamos inclinados a pensar en la actualidad.

La documentación es mucho más abundante para la nutrida clase de los sacerdotes y escribas del templo; si bien no debemos caer en la trampa de considerarlos como un grupo cerrado. Los cargos sacerdotales eran compatibles con los cargos seculares, de modo que no se puede mantener una firme diferenciación entre la aristocracia secular de cargos y títulos, por un lado, y la de categoría eclesiástica, por el otro. Los sacerdotes estaba asentados en numerosos templos, que con frecuencia fueron reconstruidos o adornados en la época ptolemaica y siguen siendo algunos de los restos más completos y espectaculares conservados de la cultura faraónica. Uno de los mejores ejemplos es el templo de Horus el Behdetita, en Edfu, que es casi completamente ptolemaico y fue objeto de trabajos constructivos entre 237 a.C. y 57 a.C.; si bien resulta muy significativo que los ptolomeos escogieran conservar para el sanctasanctorum el santuario de Nectanebo II, afirmando así su continuidad con el pasado de Egipto. Otro centro importante de actividad constructiva fue Filé, donde de nuevo los vemos reafirmando sus estrechos lazos con la última dinastía nativa egipcia. Estos y otros templos continuaron realizando su antigua función como fuentes de energía de Egipto; el punto de contacto entre lo humano y lo divino, en los cuales el faraón, por medio de su representante, el gran sacerdote local, realizaba los críticos rituales necesarios para el mantenimiento de los dioses y, a cambio, éstos canalizaban su poder dador de vida a través del faraón hasta Egipto.

Uno de los rasgos característicos de los principales templos estatales en la época ptolemaica y romana fue el añadido de un pequeño templo períptero, situado de forma invariable en ángulo recto con respecto al templo principal, para el cual Champollion acuñó el término *mammisi* (una palabra copta inventada por él que significa «casa de nacimiento»). Los *mammisi* ptolemaicos suelen estar rodeados de columnatas con entrepaños entre las columnas y eran utilizados para celebrar los rituales del matrimonio de la diosa (Isis o Hathor) y el nacimiento del dios niño. Parece que los relieves de la XVIII Dinastía que describen el divino nacimiento del rey, tanto en Deir el Bahari como en Luxor, pueden conside-

rarse homólogos de los *mammisi*. El templo de Hathor en Dendera tiene dos *mammisi*, uno de época romana y el otro de época de Nectanebo I (380-362 a.C.), este último destinado evidentemente a la celebración de los «misterios» en trece actos relativos al nacimiento tanto del dios Ihy como del faraón.

No obstante, los templos estaban lejos de limitarse a ser centros de culto. También eran importantes centros de actividad económica, cuyos recursos procedían de la producción de las tierras cedidas a ellos por la Corona (si bien los terrenos no eran de su absoluta propiedad); además de beneficiarse de los diezmos y préstamos concedidos por el Estado. Producían bienes manufacturados con propósitos seculares, sobre todo ropa, y eran los principales patrocinadores de trabajos artísticos como las estatuas, que eran creadas en sus *hut-nebu*, o «casas del oro», o mediante sus programas constructivos, que generaron un inmenso mercado para las habilidades de escultores y pintores. El trabajo de estos artistas es de gran interés, puesto que proporciona la más clara evidencia de los intentos ptolemaicos por amalgamar la cultura griega y la egipcia, siendo evidente que su trabajo los llevó en dos direcciones diferentes. En primer lugar, su determinación por continuar con las tradiciones del Egipto de la Baja Época resulta particularmente evidente en los relieves de los templos ptolemaicos, conservados en grandes cantidades; pero también en numerosos ejemplos de bulto redondo, algunos de ellos inigualables en todo el canon de la escultura egipcia. No obstante, la influencia de la escultura clásica se dejó ver cada vez más, de modo que las obras de un incongruente estilo mixto se vuelven cada vez más habituales; una tendencia que estaba destinada a tener serias consecuencias en el arte egipcio tradicional.

Los sacerdotes disfrutaron de un considerable poder político, entre otras cosas porque su voluntad era considerada por los ptolomeos como la clave para conseguir la aquiescencia de la población egipcia y, de hecho, algunos de ellos, como Manetón de Sebenitos, tuvieron un papel destacado en la política cultural ptolemaica. Desde este punto de vista, el «gran sacerdote de Menfis» fue particularmente importante, tanto por ser la figura más significativa de la segunda ciudad en importancia del reino, como porque era el supremo pontífice de Egipto en esta época, con amplios contactos e influencia en todo el país. Los ptolomeos hicieron todo lo posible para conseguir su apoyo, pero aquéllos manifestaron sus halagos

de forma mucho más amplia, como indican las conocidas expresiones de gratitud sacerdotal de los decretos de Canopo y Rosetta. De hecho, una lectura detenida de estos textos revela que, según fue declinando el poder del Estado, los ptolomeos mostraron un mayor cuidado a la hora de mantener a los sacerdotes del lado del gobierno.

Los sacerdotes y escribas eran los depositarios y exponentes destacados de la cultura egipcia tradicional, un papel en el que tuvieron un éxito espectacular en época ptolemaica. Si consideramos el material textual producido para el uso del culto en los templos, como *La leyenda de Horus de Behdet y el disco solar*, grabada en la parte interior del muro oeste del recinto del templo de Edfu, nos encontramos con un profundo conocimiento de la tradición antigua, combinado con una impresionante capacidad para la narración y la habilidad de escribir en un egipcio clásico sorprendentemente bueno, a pesar de alguna que otra contaminación de los estadios Baja Época y demótico de la lengua, así como un exuberante desarrollo del potencial de la escritura jeroglífica, que con frecuencia habría vuelto ininteligible el texto a cualquier lector del Reino Medio o Nuevo. En otros contextos encontramos que los viejos géneros seguían floreciendo; por ejemplo, las biografías de las tumbas y los textos funerarios relacionados, los pseudoepígrafes, los textos rituales, las historias y los textos sapienciales. Los antiguos principios compositivos mantuvieron su valor y el mundo conceptual es inequívocamente el de la cultura faraónica final.

El juicio del difunto seguía siendo central en el concepto ptolemaico de la otra vida, al igual que la convicción de que el veredicto del tribunal (delante del cual todos tenían que comparecer en el otro mundo) dependía de una vida virtuosa. Ciertamente podían aparecer actitudes negativas ante la muerte, pues existía una tendencia a quejarse contra la injusticia de un fallecimiento prematuro y de la indefensión del hombre frente a la muerte; lo cual a su vez podía llevar a la convicción de que el hombre debía aprovechar al máximo la vida mientras le fuera posible hacerlo. No obstante, en relación tanto a la vida como a la muerte, existía la convicción absoluta de que los dioses mantenían un orden moral y que era muy importante determinar cuáles eran sus deseos y atenerse a ellos. Este orden era considerado como un marco definitivo, vigente y de larga duración que no podía ser cambiado, cuya estructura y modo de funcio-

nar podían determinarse mirando al pasado, en especial los textos antiguos descritos en un pasaje como las «Almas de Ra». Existía un fuerte sentido de dependencia respecto a la voluntad de los dioses y la convicción de que castigarían los comportamientos inaceptables. Se habló mucho de algo que traducimos como «Destino», pero es evidente que la expresión podía terminar significando la voluntad de los dioses. No obstante, los egipcios no fueron dejados completamente en blanco respecto a cuál sería la voluntad divina, puesto que estaban convencidos de que los dioses se comunicaban con frecuencia con los hombres, sobre todo por medio de sueños.

En la época ptolemaica también aumentó el gusto por los textos apocalípticos, que se pensaba que ofrecían una imagen directa del modo de trabajo del orden divino. Continuó habiendo una fuerte creencia en la existencia de expertos que podían llegar más allá de la capacidad humana normal gracias a su conocimiento de las palabras y las acciones de poder (*heka*), que podían crear cambios, a menudo espectaculares, en el mundo físico. Nada cambió en cuanto al concepto de la composición del hombre, por lo que su modo de entender las relaciones sociales no muestra nada sorprendente. Así, los egipcios continuaron viéndose a sí mismos en un contexto social que transcendía el presente para incorporar tanto a los antepasados como a los descendientes, cuyo buen comportamiento era una parte significativa de la inmortalidad que ansiaban. También existía un claro sentido de la jerarquía social y se reconocía que la posición de una persona dentro de ella determinaba su autoridad. En la vida diaria se enfatizaban la solidaridad familiar y los intereses de la ciudad, así como el principio paternal y la preocupación por aquellos menos favorecidos que uno mismo. Por otra parte, la literatura sapiencial podía expresar un testarudo sentido práctico y una circunspección que dejaba poco espacio para confiar en los demás; también pueden dejar ver una cierta misoginia, muy relacionada con el reconocimiento del poder sexual de las mujeres.

Como antaño, se concedía mucha importancia al autocontrol y a la circunspección como virtudes cardinales. En cuanto a las relaciones políticas, el faraón podía seguir siendo visto como un benefactor divino, cuyo apoyo era esencial para tener éxito, si bien había una mayor predisposición a reconocer que dependía de los dioses y a que existía la posibilidad de que actuara de modo inaceptable para ellos, lo que significaría un cas-

tigo para él y para el reino. Por último, no debemos olvidar un elemento de esta cultura vital que dejó una huella duradera en los señores helénicos de Egipto: la religión, cuyo éxito, sobre todo el de Isis y el egiptizante culto de Serapis, son un notable ejemplo de sincretismo cultural.

Por debajo del amplio grupo de escribas egipcios enfrascados en las obligaciones del templo había un número significativo de escribas que trabajaban como funcionarios y secretarios. De hecho, si estaban decididos a aprender el suficiente griego como para actuar como intermediarios entre los egipcios y la elite grecomacedonia, en el gobierno local y provincial había muchas oportunidad de prosperar. Más abajo en la jerarquía social se encontraban los artesanos, que podían mostrar su talento en los templos; aunque en el Egipto ptolemaico había una cierta cabida para los empresarios independientes, sobre todo en los grandes centros de población, donde encontramos numerosos pequeños empresarios de ambos sexos que producían para la venta al por menor. Por debajo de ellos volvemos a encontrarnos con los *machimoi* o milicia, que en su mayoría eran egipcios y actuaban como soldados o policías (véase el capítulo 13). Al tener su origen en la época faraónica, los *machimoi* continuaron en la época ptolemaica y, tras su éxito en la batalla de Rafia, en 217 a.C., su importancia en el estamento militar aumentó. No obstante, su categoría social y económica no era elevada, puesto que los lotes de tierra que recibían eran significativamente más pequeños que los de sus homólogos no egipcios, por lo general entre 5 y 7 *arurai* (1 *arura* = 700 metros cuadrados), comparadas con las 20, 30, 70 e incluso más concedidas a los *clerucos* griegos. La productividad de estos lotes era tan escasa que no permitía contratar trabajadores, de modo que si los *machimoi* eran llamados al servicio militar, podían tener graves problemas económicos.

No muy por debajo de los *machimoi* se encontraba la masa del campesinado egipcio, enfrascada en la producción agrícola que formaba la base de la economía egipcia. Ésta implicaba la durísima tarea de crear y mantener el sistema de irrigación, además de las tareas agrícolas normales de producción de cereal y pienso, arboricultura y cría de ganado. Los campesinos podían realizar estas tareas como trabajadores o arrendatarios de terrenos de la Corona o del templo y también en grandes heredades; los más emprendedores y exitosos podían incluso arrendar más parcelas a terratenientes como los *clerucos*, a quienes no gustara la vida agrícola. Al-

gunos de ellos eran perfectamente capaces de aprovechar al máximo cualquier oportunidad que se les presentara para incrementar sus ingresos, actuando por ejemplo como agentes de transporte atendiendo a las necesidades de los centros gubernamentales o locales de producción económica. De hecho, está claro que algunos arrendatarios de terrenos de la Corona hacían buenos negocios, pero en la mayor parte de los casos es evidente que el campesinado operaba al nivel de subsistencia marginal y su suerte podía volverse intolerable, sobre todo en épocas de trastornos políticos internos, que a partir de finales del siglo III a.C. fueron cada vez más habituales.

### Un largo declive

El desgaste de las posesiones egeas y sirias de los ptolomeos a finales del siglo III y comienzos del II a.C. terminaría por dejarles con sólo dos provincias extranjeras: Cirenaica y Chipre. Polibio culpa directamente a las deficiencias de carácter del propio Ptolomeo IV; pero el declive del poder ptolemaico tiene orígenes más profundos que las iniquidades de un único soberano. En primer lugar tenemos el cisma dinástico, el cual tenía su raíz en el carácter institucional de la propia monarquía, que al convertirse en un rasgo recurrente de la historia ptolemaica generó mortales enfrentamientos intestinos que, como mínimo, eran debilitantes y terminaron por generar inestabilidad en el reino a un nivel desastroso. Estos problemas se vieron agravados a menudo por la furia de las turbas alejandrinas, que salieron a la luz por primera vez a la muerte de Ptolomeo IV, con el linchamiento de su ministro Agátocles. De hecho, nada nos ofrece una mejor imagen de su desenfrenado y vicioso temperamento que la descripción de Polibio del asesinato de los familiares y socios de Agátocles:

Todos ellos fueron entregados juntos a la turba y algunos comenzaron a morderlos, otros a acuchillarlos, otros a sacarles los ojos. Tan pronto como uno de ellos caía, el cuerpo era despedazado miembro a miembro, hasta que todos estuvieron mutilados, pues el salvajismo de los egipcios es realmente atroz cuando se encienden las pasiones.

(Polibio, 15, 33)

Su predilección por actuar como electores de reyes quedó demostrada en muchas ocasiones posteriores. Así, el largo conflicto entre Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII implicó con frecuencia acciones de la turba y en 80 a.C. ésta se superó a sí misma asesinando al propio Ptolomeo X. Finalmente, en 48/47 a.C. su propensión a la anarquía alcanzó un crescendo que culminó en la sumaria destrucción de su poder nada menos que a manos de Julio César. Los efectos de estas debilidades inherentes en el centro del reino se vieron agravadas en muchas ocasiones por las egoístas ambiciones de los griegos de alto rango, tanto militares como civiles, decididos a hacer lo que fuera para conseguir sus intereses personales.

En Egipto, fuera de Alejandría la situación política se deterioró rápidamente a partir de finales del siglo III a.C., cuando el país bullía por las discordias internas. Estas circunstancias facilitaron sin duda el ascenso de algunos de los egipcios más capaces y emprendedores, existiendo pruebas de que tuvieron éxito a la hora de disminuir e incluso eliminar la separación que normalmente existía entre griegos y egipcios, consiguiendo heredades de tamaño considerable y llegando a alcanzar el rango de gobernador (*strategos*) o gobernador general (*epistrategos*). El recurrente descontento civil ha sido considerado en muchas ocasiones como una reacción nacionalista y étnicamente motivada de los egipcios contra los odiados griegos, pero la situación es mucho más compleja y probablemente sea mejor entenderla como el resultado natural del debilitamiento de la autoridad real, el cual creó un contexto donde las antiguas rivalidades y aspiraciones dejaron de ser contenidas por la autoridad central. Podía tratarse de hostilidades entre ciudades egipcias, como cuando Hermonthis (Armant) y la Cocodrilópolis tebana hicieron la guerra en época de Ptolomeo VIII (170-116 a.C.). Del mismo modo, cuando entre 205 y 186 a.C. se creó en la Tebaida un Estado independiente, gobernado de forma sucesiva por dos reyes nativos llamados Harannofris y Caonnofris, podemos muy bien estar viendo el resurgir de las antiguas ambiciones políticas del sacerdocio de Amón. A este respecto, merece la pena destacar que en la batalla final de 186 a.C. hubo tropas nubias que lucharon en el ejército de Caonnofris, es decir, que también puede tratarse de una prueba del resurgimiento del antiguo interés de Tebas por los devotos nubios del dios. No obstante, como la xenofobia de carácter religioso es un fenómeno sólidamente documentado en la Baja Época, sería sorprendente

en extremo si estuviera por completo ausente de los motivos de este intento de independencia.

Hay otros signos, a gran escala y no, de desafección en la población egipcia: huelgas, huidas (en ocasiones hasta el punto de que se abandonaron poblados enteros), bandolerismo, ataques de forajidos contra poblados, expolio de templos y el frecuente recurso al derecho de asilo de los templos. Es innegable que se trata de la reacción de un pueblo llevado más allá de los límites de la resistencia por el hambre, la rampante inflación y un sistema administrativo opresivo y despiadado, manejado por unos funcionarios que, demasiado a menudo, eran corruptos y se encontraban lejos del control efectivo del gobierno central. Los estratos más bajos de la sociedad, en gran parte egipcios, estaban indefensos contra ellos y, por lo tanto, eran blancos fáciles. Dada la estrecha paridad existente entre categoría económica y origen étnico, resulta sencillo achacar los alzamientos de estas gentes al nacionalismo. No obstante, a pesar de que con toda seguridad de vez en cuando hubo algunos que tuvieron explícitamente esta dimensión, en su nivel más fundamental los alzamientos fueron de los oprimidos contra la clase dirigente, considerada responsable de la opresión; una clase dirigente que con igual facilidad podía ser percibida como formada por el sacerdocio egipcio o por los funcionarios greco-macedonios. No obstante, cualquiera que fuera la motivación, los corrosivos efectos económicos de estos trastornos fueron un golpe mortal para la infraestructura económica, justamente en el momento en que las fuentes alternativas de riqueza estaban en su mayor parte secas.

Todos estos acontecimientos internos tuvieron lugar frente al telón de fondo formado por el creciente intervencionismo de Roma en el Mediterráneo oriental. En ocasiones solicitado y en otras no, este proceso condujo lentamente a la desaparición del reino de Macedonia (167 a.C.), a la consecución del reino de Pérgamo en 133 a.C., a la gradual erosión del poder seléucida, culminada con la anexión de lo que quedaba del imperio en 64 a.C., y al final a la desaparición del propio reino de los ptolomeos. Este último acontecimiento se produjo con lentitud y fue el último episodio de unas relaciones entre los ptolomeos y los romanos que se remontaban a los primeros años de la dinastía y pasaron por varias fases. Tras comenzar durante el reinado de Ptolomeo II con un período de igualdad, con cortesías diplomáticas entre iguales, expresadas en el envío

de una embajada a Roma en 273 a.C., se pasó a comienzos del siglo II a.C. a una situación en la que Roma se convirtió en la garante de la independencia egipcia.

La descripción de Polibio de cómo C. Popilio Lenas sacó del territorio egipcio a Antíoco IV en 168 a.C. ilustra a la perfección el siguiente cambio en el equilibrio de poder. Enseñando al rey el decreto del Senado:

Popilio hizo algo que pareció insolente y arrogante en el más alto grado. Con un sarmiento que tenía en la mano dibujó un círculo en torno a Antíoco y le dijo que respondiera a su mensaje antes de salir del mismo. El rey se quedó estupefacto por la arrogancia de la acción y dudó durante un corto momento y dijo que haría cualquier cosa que Roma pidiera.

(Polibio, 29, 27)

A partir de este momento, convertirse en el mediador de las disputas dinásticas fue una evolución natural: durante la interminable disputa entre los hermanos Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII, Roma hizo de árbitro; Ptolomeo XI (80 a.C.) le debía el reino a Roma y, supuestamente, se lo legó en su testamento a su benefactor; en la disputa entre los alejandrinos y Ptolomeo XII (80-51 a.C.), Roma tuvo un papel decisivo; al igual que en los sangrientos conflictos existentes entre Cleopatra VII y sus hermanos Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV, que marcaron la última fase del reinado ptolemaico.

En esta vorágine, y contra todo pronóstico, Cleopatra fue capaz de resucitar brevemente en *c.* 36 a.C. las glorias del pasado, cuando gracias a la generosidad de Marco Antonio resurgió de forma fugaz el control ptolemaico en el sur de Asia Menor y en Siria-Palestina, pero esto iba en contra de la tendencia general, que convertía a Roma en la única beneficiaria del largo declive de la dinastía: la Cirenaica fue conseguida en 96 a.C., Chipre en 58 a.C. y ahora era el turno de Egipto. En 30 a.C., tras un enfrentamiento tan espectacular y dramático como ninguno de la Antigüedad, este brillante y antiguo reino cayó en manos de Roma, comenzando así el largo capítulo final de la historia de la cultura faraónica.

## 15. EL PERÍODO ROMANO

(30 a. C.-395 d. C.)

DAVID PEACOCK

Seguramente haya pocos acontecimientos históricos mejor conocidos que la aventura amorosa entre Marco Antonio, triunviro de Roma, y la bella e inteligente reina Cleopatra VII de Egipto. Es posible que su asociación con Cleopatra no careciera de motivos políticos, pues Roma tenía mucho que ganar de unas buenas relaciones con Egipto, cuya riqueza era proverbial. No obstante, el final de esta relación terminó por enfrentarlo con su astuto y decidido cuñado, Octaviano. La cuestión se resolvió en la batalla de Accio, que tuvo lugar en septiembre de 31 a.C., y un año después Octaviano, que en 27 a.C. se cambiaría el nombre por el de Augusto, entró en Egipto por primera y última vez. A partir de entonces Egipto, la tierra de los faraones y de sus sucesores helenísticos, los ptolomeos, pasó a formar parte del Imperio Romano.

Egipto era una tierra aparte, una zona exótica y lejana del imperio, quizá más extraña que ninguna otra provincia. Aquí la cultura faraónica se desarrollaba con fuerza y un visitante del Egipto romano se habría encontrado como en una cápsula temporal, puesto que las imágenes, sonidos y costumbres de esta tierra tendrían más en común con las de la civilización faraónica que con las de la Roma contemporánea. Se seguían construyendo templos al estilo tradicional, se continuaba utilizando la escritura jeroglífica y se hablaba egipcio, si bien la lengua franca era el griego. Que sepamos, Cleopatra fue la única soberana grecorromana de Egipto en aprender egipcio, una más de las muchas lenguas que dominaba. Otros indicios de lo arraigado de la cultura faraónica que lo impregnaba todo es la persistencia de la momificación como rito de enterramiento y la continuada reverencia hacia los dioses egipcios. La especial naturaleza del Egipto romano es innegable, aunque va aumentando el número de estudiosos que consideran que la «romanidad» de Egipto fue un aspecto más importante de lo que se ha creído hasta el momento.

Como quiera que sea, existían diferencias culturales y no resulta nada sorprendente que Roma adoptara una actitud un tanto hostil y suspicaz respecto a Egipto. Se prohibió a los senadores romanos que penetraran en el país y a los egipcios nativos se les excluyó de la administración del mismo. Resulta significativo que la única ciudad egipcia fundada por Roma fuera Antinoopolis, junto al Nilo, en el Egipto Medio. El origen de la fundación se encuentra en Adriano, uno de los pocos emperadores que visitó el país. Su amor por Egipto se refleja en su gran villa de Tívoli, donde intentó recrear un paisaje nilótico en el jardín de Canopo.

A pesar de su carácter único, Egipto tiene un papel especial que representar en nuestro conocimiento del Imperio Romano en general. El seco clima ha permitido la conservación de una gran cantidad de documentos, de los que carecemos para climas más templados. Es una gran fuente de documentos escritos, que apenas se han conservado en otros lugares. Los más conocidos son los papiros, que nos ofrecen una imagen sin par de los negocios y la vida diaria del Egipto romano. Uno de los yacimientos más famosos y productivos es la ciudad de Oxirrincó, cerca del Nilo, unos doscientos kilómetros al sur de El Cairo. En 1897, dos eruditos de Oxford, Grenfell y Hunt, comenzaron a excavar la basura de la antigua ciudad (*sebakh* en árabe) en busca de papiros. Su trabajo terminó siendo un premio insospechado para la papirología, pues los documentos publicados hasta el momento ocupan casi sesenta volúmenes y hay casi la misma cantidad a la espera de ser estudiada.\*

Egipto es también el país más importante para los ostraca, documentos escritos sobre fragmentos de cerámica en vez de en papiro. Entre 1987 y 1993, las excavaciones en el fuerte del Mons Claudianus, en el Desierto Oriental, descubrieron más de nueve mil ostraca, la más amplia colección del mundo antiguo. Por primera vez documentan extracciones mineras y nos ofrecen una visión única del aprovisionamiento y la logística de una gran empresa romana en el desierto.

Documentos aparte, las ciudades egipcias y las tumbas a menudo proporcionan materiales orgánicos que apenas encontramos en otros lugares. Los tejidos suelen encontrarse muy bien conservados, así como la cestería, el cuero y los restos de alimentos. Por desgracia, el potencial de todo este material todavía no se ha explotado del todo, pues en muchas

---

\* Desde 1992, una misión arqueológica de la Universidad de Barcelona, dirigida por J. Padró, está excavando el yacimiento (*N. del T.*).

ocasiones se ha descartado en favor de la documentación escrita. Así, Grenfell y Hunt parecen haber desechado este material para que los *fellahin* lo utilizaran como fertilizante. Las excavaciones modernas, como la del Mons Claudianus, están comenzando a rectificar este desequilibrio.

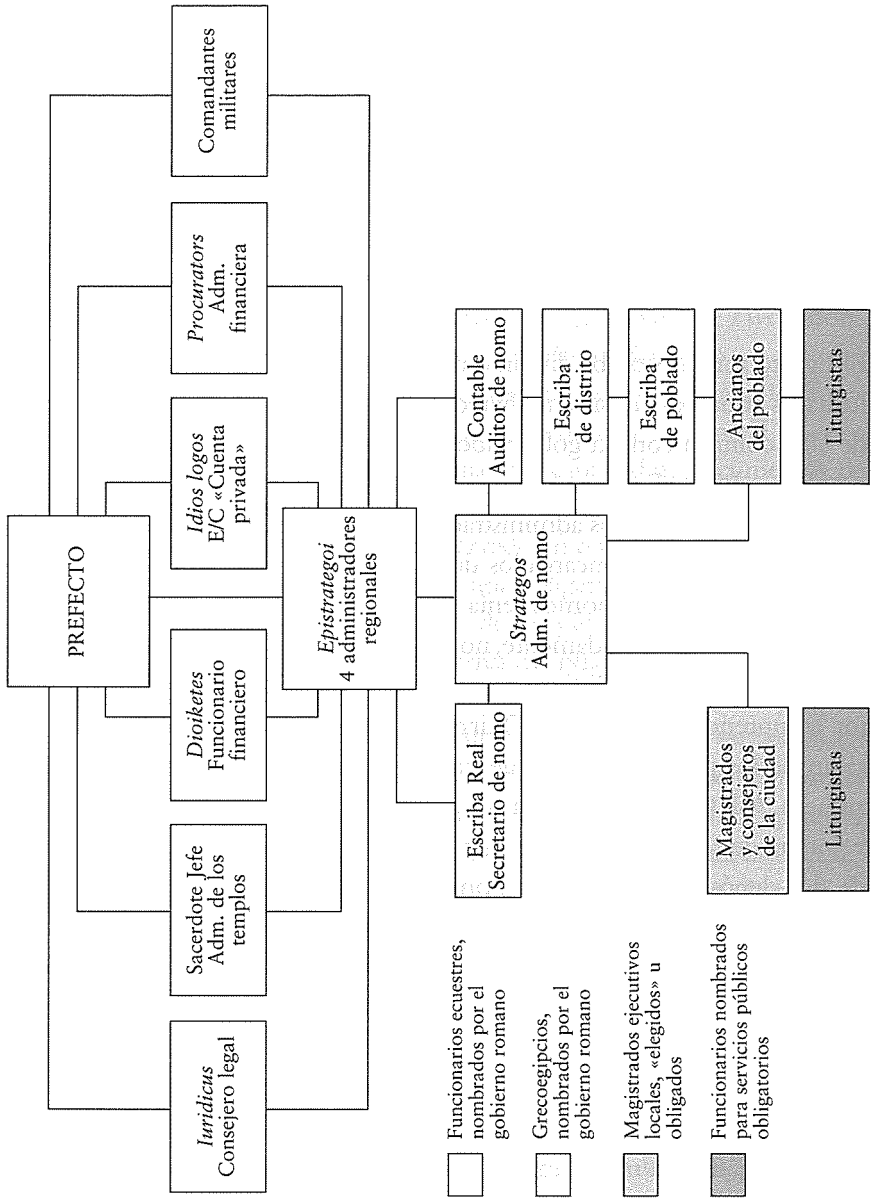
## Administración

El Egipto romano estaba dividido en unas treinta unidades administrativas llamadas «nomos», un sistema heredado de la época ptolemaica. Cada una de ellas contaba con un gobernador o *strategos*, nombrado por el prefecto o gobernador de Egipto, ante quien era responsable por medio de uno de sus cuatro *epistrategoi*, los administradores regionales. El prefecto era ayudado por procuradores encargados de las finanzas y por otros funcionarios.

Cada uno de los nomos tenía una capital o *metropolis*, la sede del gobierno local. Desgraciadamente, no sabemos demasiado sobre ellas, pues la topografía urbana del Egipto romano se ha estudiado poco. Las dos mejor comprendidas son las de Oxirrinco y Arsinoe, donde las pruebas derivan de los papiros. Parece que había lugares con alguna sofisticación y riqueza. Así, Oxirrinco poseía un gimnasio, unos baños, un teatro y una veintena de templos, mientras que el agua corriente de Arsinoe procedía de dos depósitos a los que se bombeaba agua desde un brazo del Nilo.

Durante los dos primeros siglos de nuestra era, los nomos y sus metrópolis disfrutaron de un escaso autogobierno; pero en 200 d.C. Septimio Severo ordenó la creación de consejos ciudadanos en cada nomo, un paso hacia la conversión de las metrópolis en *municipia* (en esencial un *municipium* era un municipio con autogobierno). No obstante, esto produjo un considerable resentimiento, pues con una mayor responsabilidad vino aparejada una mayor carga financiera para quienes ostentaban cargos.

Durante el gobierno romano, todos los varones con edades comprendidas entre los 14 y los 60 años estaban obligados a pagar una tasa anual. Los ciudadanos romanos estaban excluidos, pero se trataba probablemente de una parte menor de la población. Las clases superiores, los «metropolitanos», pagaban una cantidad reducida. Por lo tanto, la clase a la que se pertenecía tenía cierta relevancia y, a la edad de 14 años, a un chico metropolitano se le podía exigir que presentara sus credenciales.



Organigramma della struttura burocratica del Egitto romano.

## El ejército

Al igual que en las demás provincias, el principal agente de control era el ejército. La documentación epigráfica y papirológica proporcionada por Egipto nos ofrece una imagen sin igual del funcionamiento de un ejército provincial, a la cual podemos añadir las pruebas arqueológicas de los campamentos desde los cuales operaba. Muchos de éstos, preservados en el desierto, todavía se conservan hasta lo alto de los muros.

Una de las principales fuentes históricas antiguas sobre la disposición de las tropas es Estrabón (17. 1. 12), que en un pasaje muy citado dice:

Hay tres legiones de soldados, una en la ciudad y las otras en la *chora*. Además hay nueve cohortes, tres en la ciudad, tres en Siena en la frontera con Etiopía, como guardia de esos lugares, y otras tres en la *chora*. Hay tres unidades de caballería que también están estacionadas en lugares importantes.

La ciudad es, por supuesto, Alejandría, donde hasta finales del siglo XIX estuvo el fuerte de Nicópolis (unos cinco kilómetros al este del centro). Hoy día quedan unos pocos restos en el palacio del jedive, que se construyó sobre su emplazamiento y casi lo destruyó por completo. Otra legión parece haber estado estacionada en la fortaleza de Babilonia (fragmentos de la cual todavía pueden verse en los terrenos del Museo Cop-to de El Cairo), mientras que la tercera tenía la tarea de guardar la Tebaida. Las legiones desplegadas incluyen la XXII Deiotariana, la III Cirenaica, la II Trajana y la XV Apolinaria.

Estrabón es mucho menos concreto sobre las unidades auxiliares, pero en este caso podemos rellenar los detalles gracias a varias fuentes, tanto de Egipto como del exterior. Entre las pruebas figuran dedicatorias, diplomas, lápidas funerarias y otras inscripciones, así como papiros y ostraca, estos dos últimos más o menos limitados al propio Egipto. Durante los tres primeros siglos de nuestra era parece haber habido como media entre tres y cuatro *alae* (unidades de caballería) estacionadas en el país, así como unas ocho cohortes, lo que coincide notablemente bien con la afirmación de Estrabón.

Las unidades cambiaban y se trasladaban de una parte a otra tanto del imperio como dentro del propio Egipto y, en algunos casos, es posi-

ble reconstruir su historia. Así, el ala Vocontorium es una de las primeras y mejor atestiguadas unidades auxiliares en Egipto. Antes del año 60 d.C. parece haber estado acantonada en la zona de Koptos y también hay pruebas de su presencia en el fuerte de Babilonia en el año 59 d.C. Durante la época flavia puede haber servido en la frontera germana, regresando a Egipto en 105 d.C. Posteriormente fue desplegada en el Desierto Oriental, en el Mons Porphyrites (116 d.C.) y luego en el valle del Nilo de nuevo, hasta que desaparece de los registros en 223-225 d.C.

Otro ejemplo es la cohorte II Ituraeorum, que encontramos en Siena (Asuán) en 28 y 75 d.C. y después en otros lugares de la región, antes de terminar en el Mons Claudianus en 223-225 d.C.

La tareas que el ejército tenía que realizar eran variadas. Obviamente, la defensa del imperio era importante. Según Estrabón, las zonas al sur y al este de Egipto estaban pobladas por tribus que los romanos identificaban en gran parte por sus costumbres alimentarias. Caben pocas dudas de que las tropas estacionadas en Siena (Asuán) estarían encargadas de asegurar los límites meridionales del Estado. Del mismo modo, la seguridad del desierto sería, hasta cierto punto, responsabilidad de las unidades con base en el Nilo en el Alto y el Medio Egipto. Es indudable que hubo campamentos en lugares tanto del Desierto Oriental como del Occidental, pero parecen haber estado tan relacionados con la explotación y promoción del comercio como con la seguridad.

No obstante, el ejército acantonado en Egipto tuvo un papel destacado en la mayor parte de las campañas militares orientales, como la anejió de Arabia en 106 d.C. y la guerra parta de Trajano. También fue llamado para acabar con las rebeliones judías en los siglos I y II d.C. Aquí habrían tenido un papel destacado las legiones de Nikopolis y las unidades estacionadas en Pelusio, en el norte del Sinaí, pues se habrían podido desplazar con relativa rapidez a los puntos conflictivos orientales. Es indudable que Alejandría era la principal base militar. Las legiones estacionadas cerca se habrían encargado de controlar a la revoltosa muchedumbre alejandrina, protegiendo esa joya de ciudad contra cualquier ataque, patrullando la zona rural y tomando parte en los más amplios problemas del imperio.

De hecho, la principal tarea del ejército en cualquier lugar era la de actuar como fuerza de policía. Existe un importante número de ostraca,

sobre todo referidos al Desierto Oriental, que especifican las obligaciones de la guardia y el personal de las *skopeloi* o torres de vigilancia. Parece que los guardias estaban organizados en *dekanoi*, los cuales eran controlados por *curatores*, que a su vez eran responsables ante los centuriones. Los movimientos por las rutas del desierto parecen haber estado estrictamente controlados, siendo necesarios salvoconductos escritos sobre ostraca y en ocasiones quizá papiro. Es indudable que se trataba de una medida destinada a limitar el bandidaje, por el cual Egipto era conocido. Este problema venía de antaño y seguramente fue una de las principales preocupaciones del ejército, con unidades de soldados bajo el mando del *strategos* a la caza, tanto de los bandidos como de sus simpatizantes entre la población civil. El bandidaje era especialmente notable en las partes montañosas del Desierto Oriental, donde había muchas posibilidades para esconderse y atacar las caravanas cargadas de bienes de lujo orientales que viajaban desde Berenice o Myos Hormos (Quseir el Qadim), en la costa del mar Rojo, hasta el Nilo. Sin duda esto explica la cadena de fuertes existente entre Berenice y Koptos y, sobre todo, los fuertes y numerosas torres de vigilancia que hay en el camino entre Qusr el Qadim y Koptos.

El ejército parece haber estado implicado en otras muchas actividades, como la supervisión de los barcos cargados de grano que descendían por el Nilo hasta Alejandría y la protección de los siempre impopulares cobradores de impuestos mientras realizaban su trabajo, además de llevar suministros y supervisar las tareas de minería y extracción de piedra en el desierto. En este caso, la documentación del Mons Claudianus sugiere que vivían junto a los civiles y formaban parte integral del sistema extractor. Entre otras cosas, se encargaban de la supervisión de los *skopeloi*, de la vigilancia de objetos valiosos como las herramientas de hierro y quizá del mantenimiento de las infraestructuras.

## La economía

En la economía de Egipto existen tres aspectos relacionados entre sí. El más importante es la producción económica del valle del Nilo y el delta. La fecundidad de Egipto era bien conocida y la ciudad de Roma confiaba mucho en los barcos de grano alejandrinos para alimentar a su

nutrida población. Una segunda faceta es la extracción de mineral, centrada en gran parte, pero en modo alguno de forma exclusiva, en el Desierto Oriental. Aquí se llevaba extrayendo oro desde la época faraónica, pero durante el Período Romano también fue una fuente de piedras exóticas como el granito del foro y el pórfido imperial. El granito rojo de Asuán posee una larga historia de extracciones y no resulta sorprendente que fuera una de las principales piedras decorativas utilizadas por los romanos.

El tercer aspecto de la economía es el papel representado por Egipto en la articulación del comercio romano. Evidentemente, Alejandría fue una de las grandes ciudades comerciales del mundo antiguo, pero la posición de Egipto es única, con acceso tanto al Mediterráneo como al mar Rojo, que a su vez conduce al océano Índico y más allá. De modo que el país tuvo un papel destacado en el comercio de Roma con Oriente, con la India en concreto, a través de la cual se entró en contacto con Malasia y posiblemente incluso con China.

Para muchas personas, Egipto es una estrecha franja de tierra que se extiende hasta un triángulo que forma el delta. Aquí es donde vive y trabaja la población y donde crece el alimento. Hoy día, como antaño, la fértil tierra produce excedente. El origen de la fertilidad no es, como resulta obvio, el clima, pues la lluvia es desdeñable, sino el Nilo. Antes de construirse la primera presa de Asuán, el río inundaba sus orillas anualmente, depositando así una capa nueva de rico barro en la superficie de los campos. Tan importante era esta crecida que su altura era medida con nilómetros especialmente contruidos para ello; podemos encontrar ejemplos romanos, por ejemplo, en Asuán y Luxor, y uno medieval excelente en El Cairo. El nivel impositivo se fijaba según la altura del agua: una buena crecida significaba una buena cosecha y que la población sería capaz de soportar impuestos más elevados. Plinio (*Historia natural*, 5, 58) es muy concreto sobre la importancia de la crecida:

La crecida media es de siete metros. Un volumen menor de agua no irriga todos los puntos y una mayor, al retirarse con demasiada lentitud, retrasa la agricultura; esta última consume el tiempo destinado a sembrar debido a la humedad del suelo, mientras que la primera no da tiempo a sembrar porque el suelo se reseca. La provincia apunta cuidadosamente ambos extremos: en

una crecida de cinco metros y medio ve hambruna e incluso con una de seis metros comienza a sentir el hambre, pero seis metros y medio suponen alegría, seis metros y tres cuartos completa confianza y siete metros deleite.

La confianza de Roma en el grano egipcio tenía una larga historia que se remontaba hasta los ptolomeos, pues ya en 211 o 210 a.C. Roma pidió un envío de grano a ptolomeo IV. La llegada de los cargamentos de grano Alejandrino se convirtió en un elemento importante de la economía de Roma, del que podía depender el destino del emperador. Durante el principado de Augusto los envíos pudieron alcanzar los veinte millones de *modii* (bastante más de un millón de toneladas). El comercio de grano formaba parte de la *annona*, un impuesto en especie que cobraba Roma a las provincias productoras. Hay alguna documentación que sugiere que incluso el coste del transporte desde la heredad hasta el Nilo corría a cargo de los productores.

El suministro de grano desde las zonas de cultivo hasta los almacenes de Alejandría era una operación cuidadosamente regulada. El transporte era realizado por el *sitologos* (funcionario del grano), ayudado por el *anti-grapheus* (administrativo) y un asistente financiero.

Al capitán del barco se le entregaba una muestra sellada o *deigma* para que la entregara junto al cargamento. Era una protección contra la adulteración o sustitución de la carga por otra de menor calidad durante el viaje. En cualquier caso, parece que era práctica habitual que hubiera un soldado a bordo durante el transporte. A la llegada a los grandes graneros de Alejandría, el grano pasaba al cuidado de unos procuradores romanos especiales, quienes junto a su equipo eran los responsables de su cuidado y conservación.

Los barcos del grano por lo general dejaban Alejandría en mayo o junio y el viaje hasta Roma, contra los preponderantes vientos del norte, podía tardar un mes y quizá incluso dos. La ruta sería a lo largo de la costa del norte de África o por el norte de Chipre para luego remontar el sur de Turquía. El regreso, con el viento de popa, tardaba cerca de una quincena, viajando los navíos con la «velocidad de caballos de carreras», como dijo el emperador Calígula. En cualquiera de ambos sentidos, el viaje no carecía de peligros, como demuestra claramente el naufragio de san Pablo en Malta.

Arqueológicamente, conocemos muy poco sobre las heredades que producían este grano, pero el papiro que se conoce como el archivo Heroninos permite reconstruir con detalle el modo de trabajar de una de ellas durante el siglo III d.C.: la propiedad de Apiano en Fayum. Parece que su dueño, Aurelio Apiano, era un terrateniente de cierta categoría con bienes comparables a los de un senador romano. Sus administradores centrales, ligados mediante el patronazgo, eran reclutados de entre los concejales de la ciudad y los terratenientes del nomo; por debajo de ellos se encontraban los *phrontistati* o gerentes de producción, reclutados probablemente entre las familias rurales ricas, que quizá trabajan a la vez para varias heredades. El esfuerzo lo proporcionaba un núcleo de trabajadores a tiempo completo, complementados con trabajadores extra cuando ello era necesario. Parece que la mano de obra pagada que suministraban las clases más pobres del Egipto rural hacían innecesario y poco rentable el trabajo esclavo.

Había tres categorías de trabajadores a tiempo completo: los *paidaria*, los *oiketai* y los *metrematiai*. Las dos primeras categorías parecen haber estado empleadas de por vida y quizá se les proporcionaba alojamiento gratis; mientras que los *metramatiai* eran aldeanos independientes contratados para trabajar durante un número variable de años. Los trabajadores casuales procedían de entornos muy diferentes, en ocasiones de fuera del poblado.

El objetivo principal de la unidad era la producción de vino para su venta en el exterior. Las otras cosechas se cultivaban para proporcionar comida a los trabajadores, pasto para los animales y grano para los impuestos. Todas eran necesarias para permitir la viabilidad económica de la heredad. De modo que el grano por el que tan conocido era Egipto se producía como parte de un complejo y sofisticado sistema agrícola que daba beneficios de otros modos.

Los recursos minerales del Desierto Oriental ya se conocían y explotaban durante la época faraónica. Por ejemplo, las minas de amatista de Wadi el Hudi han proporcionado una estela donde se menciona el empleo del ejército en las minas que se explotaban durante el reinado de Senusret I, en el Reino Medio. Además, al templo de Seti I en Abydos (Reino Nuevo) se le concedió el derecho de explotar las minas de oro del Desierto Oriental, un grupo de obreros para traer de vuelta el oro y un

asentamiento en las propias minas. Es muy posible que estemos hablando de las minas de Umm el Fawakhir, en Wadi Hammamat, que todavía seguían utilizándose a finales del siglo XX. Se cree que un notable mapa sobre papiro conservado en el Museo Egipcio de Turín representa esta zona.

El interés por los recursos minerales, sobre todo el oro, continuó durante la época ptolemaica y el Período Romano. El hallazgo de cerámica de barniz negro en lugares como Abu Zawal, unos veinte kilómetros al oeste del Mons Claudianus, sugiere que tanto ésta como otras minas ya estaban en explotación antes de la conquista romana, si bien es indudable que siguieron estándolo tras ella.

Los lugares de extracción del oro se han estudiado poco, pero su aspecto es característico. Por lo general suele haber un grupo de pequeñas chozas rodeadas por montones de piedras y, por todas partes, restos de los aparatos utilizados para machacar la cuarcita de donde se extraía la mena. La herramienta principal parece haber sido una especie de mortero en forma de silla curva, con la piedra móvil superior en forma de sombrero de dos picos, cuya «ala» formaban las asas para manejarla. Para separar la suciedad de la ganga se necesitaba agua en grandes cantidades y, en ocasiones (un ejemplo típico es Abu Zawal), un importante pozo forma el núcleo del complejo. En otros casos, la piedra triturada se llevaba a otro lugar y allí se separaba.

El método de extracción del oro fue observado por el geógrafo griego Agatárquidas, que visitó las minas en el siglo II a.C. Su trabajo original se ha perdido, pero por fortuna su descripción se ha conservado en los escritos de Diodoro Sículo. Nos dice que la roca se rompía con fuego y martillos. Luego se machacaba mediante grandes morteros de piedra hasta alcanzar el tamaño de guisantes, tras lo cual se trituraba hasta formar un grano fino en morteros de mano antes de lavarse en una superficie inclinada para separar el oro de la ganga. Es probable que en el triturado final se utilizaran los morteros en forma de silla que tan visibles son en estos yacimientos.

La extracción de piedra también contaba con una larga tradición en Egipto. El ejemplo más celebrado es el gran complejo de Asuán, ahora profundamente cambiado o enterrado bajo la expansión de la ciudad moderna. Asuán producía varios tipos de rocas graníticas, las más celebrada de

las cuales era el granito rojo o rosa. Durante la época faraónica se utilizó para sarcófagos, obeliscos y para el piramidión de las grandes pirámides de Guiza, quizá porque su color rojizo sugiere el sol. Durante la época romana, las canteras continuaron siendo explotadas afanosamente, de modo que por toda la costa del Mediterráneo se encuentran grandes cantidades de columnas de granito de Asuán. Se trata, de hecho, de una de las «tres grandes» piedras decorativas del mundo romano, junto al *granito violetto* de Troad y al *Cipollino* de Grecia.

El éxito de Asuán se debe, claramente, a su emplazamiento a orillas del Nilo. Su producción podía ser cargada con facilidad en grandes navíos y enviada a Alejandría, donde era trasladada a las *lapidariae naves*, los barcos especiales utilizados para transportar cargas pesadas por el Mediterráneo. Otras canteras de éxito, como las de arenisca de Gebel el Silsila o las de «alabastro egipcio» (o «alabastro calcita») en el Egipto Medio, también se encontraban cerca del Nilo (si bien las principales canteras de alabastro-calcita, en Hatnub, se encuentran al menos a medio día de camino del río y probablemente algo más cuando se trataba de bloques grandes). En Asuán, las canteras parecen haber tenido una larga vida, pues los romanos continuaron con una tradición varias veces milenaria.

Por evidentes razones logísticas, los faraones se abstuvieron de extraer a gran escala remotas piedras del desierto (para su uso en la construcción o -esculturas), con excepción del *bekhen*, una arenisca grauvaca de Wadi Hammamat y, lo que es todavía más notable, de la llamada «diorita de Kefren», un gneis-anortosita procedente del Gebel el Asr, en el Desierto Occidental, unos doscientos kilómetros al suroeste de Asuán. No obstante, durante la época romana se realizó un intento por explotar los considerables recursos líticos del desierto de una forma más amplia, concentrándose en el Desierto Oriental, donde se explotaron varias rocas duras, sobre todo el pórfido y variedades de diorita.

El centro que articuló la mayor parte de esta actividad parece haber sido el Mons Porphyrites (Gebel Dokhan), unos setenta kilómetros al noroeste de Hurghada. Los ostraca del Mons Porphyrites nos informan de que los hombres que allí trabajaban eran parte de los *numerus* de Porphyrites y los *arithmos* de Claudianus. Del mismo modo, los trabajadores de la cercana Tiberiana (Barud), la fuente del *granito bianco e nero* parecen haber sido del *numerus* de Porphyrites y del *arithmos* de Tiberiana. A lo cual po-

La inscripción de Pan-Min en las canteras del Mons Porphyrites (Desierto Oriental), donde se identifica al antiguo descubridor del pódrido (y otras piedras) como Cayo Cominio Leugas; también menciona la fecha del acontecimiento, el 23 de julio de 18 d.C.



demos añadir las esquirlas de pódrido encontradas en la mayor parte de las canteras del Desierto Oriental, las cuales sugieren que los hombres que habían trabajado con el pódrido eran enviados a otras canteras.

Una inscripción recientemente descubierta documenta de un modo sorprendente el hallazgo de esta zona. Nos dice que los recursos fueron encontrados por Cayo Cominio Leugas, que sería el equivalente romano de un geólogo de campo, el 23 de julio de 18 d.C. Parece haber descubierto pódrido, pódrido negro, piedras multicolores y *knekites* («piedra alazor»), que todavía ha de ser definida geológicamente.

La fecha de la primera extracción de piedra en el Mons Porphyrites se sitúa en el principado de Tiberio (14-37 d.C.), como confirma otra inscripción, y parece haber continuado hasta finales del siglo IV y posiblemente comienzos del siglo V d.C., si las fechas de la cerámica son correctas. El color púrpura llevaba miles de años utilizándose en la

zona del Mediterráneo como señal de nobleza y es indudable que el descubrimiento de una roca púrpura habría sido un acontecimiento importante, de considerable interés para el emperador. La operación ha sido descrita, con cierta justificación, como la más notable manifestación de actividad romana vista en parte alguna del imperio. Era necesario suministrar alimentos a la cantera, excavar pozos que llegaran hasta el agua fósil (la cual abunda en el desierto, al contrario de lo que se suele creer) y construir fuertes para los militares y poblados para los trabajadores. Si bien ambos grupos pueden haber convivido hasta cierto punto, las canteras se encuentran en la cima de las montañas y era necesario situar a los trabajadores cerca de su punto de trabajo. El lugar parece haber comenzado como una serie de poblados de montaña diseminados que, posteriormente, en el siglo II d.C., pasaron a ser controlados desde un fuerte al nivel del *wadi*. A finales de la época romana parece que se utilizaron convictos en la extracción y un pasaje de los escritos de Eusebio se refiere a un grupo de cristianos (casi con seguridad canteros) a los que se les sacaron los ojos y se les cortaron los tendones antes de ser deportados a Palestina (posiblemente por intentar hacer proselitismo entre la guarnición). No obstante, durante la mayor parte del tiempo la operación fue llevada a cabo por civiles y soldados que trabajaban juntos, como ciertamente fue el caso en el Mons Claudianus. Incluso el cristianismo era tolerado en general, como demuestran varias inscripciones.

Mons Claudianus, unos cincuenta kilómetros al sur del Mons Porphyrites, era la fuente de una granodiorita gris utilizada fundamentalmente para fabricar columnas. En la actualidad es la más intensamente estudiada de las canteras romanas del Desierto Oriental. El complejo incluye un fuerte de época de Domiciano y uno más antiguo donde se ha encontrado un ostracón de Nerón, junto a 130 pequeñas canteras repartidas en un radio de aproximadamente un kilómetro en torno a ellos; cada una estaba conectada al *wadi* principal mediante un camino de deslizamiento que terminaba en una rampa de carga: el lugar donde los productos eran transferidos desde los rodillos o trineos a carros para el viaje de 120 kilómetros a través del desierto que les esperaba antes de llegar al Nilo. Algunos de estos carros serían muy grandes, pues una columna de veinte metros de altura habría pesado más de doscientas toneladas. Es

pertinente mencionar que un ostracón menciona un carro de doce ruedas y, en la llanura de Naq el Teir, se han encontrado huellas con una separación de ejes de tres metros.

Se solía considerar que la roca del Mons Claudianus, también conocida como *granito del foro*, por lo abundante que es en el foro romano, poseía una distribución panmediterránea. Sin embargo, un programa de análisis químico y petrográfico realizado durante la década de 1990 ha demostrado que en realidad prácticamente sólo se utilizó en algunos de los monumentos más apreciados de Roma. Parece que el Mons Claudianus se encuentra fuera de la órbita normal del comercio romano, por lo que puede haber sido propiedad más o menos personal del emperador. Es interesante mencionar que se explotaron rocas grises de apariencia similar en afloramientos más accesibles, en las islas de Elba y Giglio y también en el oeste de Turquía. La roca del Mons Claudianus era especial, no por sus propiedades, sino por su lugar de origen. Era un producto del extremo del imperio y sólo podía conseguirse con los mayores esfuerzos. Puede que éste sea el secreto de toda la empresa cantera del Desierto Oriental, que tiene poco sentido en términos económicos.

La importancia de Egipto para la economía romana va más allá de su producción. Quizá uno de los aspectos más extraños y singulares del gusto de la nobleza romana fuera su predilección por los lujos orientales: perlas, pimienta, sedas, incienso, mirra y otras especias y medicinas exóticas. Egipto articulaba este comercio, pues estos bienes llegaban en barco a través del océano Índico y luego recorrían la costa occidental del mar Rojo. Allí eran desembarcados y arrastrados durante 150 kilómetros de desierto hasta el Nilo, donde volvían a ser embarcados hasta Alejandría y luego hasta Roma. La India se benefició de este comercio, puesto que a cambio recibía cristal, telas, vino, grano, cerámica de calidad y metales preciosos, así como cargamentos humanos, como niños cantores y doncellas para el placer de los potentados hindúes.

Se puede pensar que para los barcos sería más ventajoso subir el mar Rojo y cruzar el istmo que ahora ocupa el canal de Suez. De hecho, hubo un proyecto, comenzado por Ptolomeo II y mejorado por varios de sus sucesores, sobre todo Trajano y Adriano, que conectaba el Nilo con los lagos Amargos. No obstante, no se utilizaba demasiado, al menos no durante los primeros siglos antes y después de nuestra era, debido sobre todo a

los fuertes vientos del norte que soplan en el mar Rojo durante el 80 por ciento de los días del año. Esto habría supuesto un gran riesgo para los cargamentos romanos y era preferible desembarcar algo más al sur y llevar los bienes por tierra hasta el Nilo. Los dos puertos creados por Ptolomeo II Filadelfo (285-246 a.C.) para facilitar este comercio fueron Berenice, que recibió el nombre de su esposa, y Myos Hormos. Parece que este último fue el más importante durante el siglo II a.C. y que Berenice creció en importancia durante el siglo I a.C., convirtiéndose en el puerto principal durante el siglo I d.C., si bien Myos Hormos siguió siendo utilizado. Por lo tanto, el comercio con la India se desarrolló durante la época ptolemaica y los romanos se limitaron a apoderarse y quizá ampliar un negocio ya existente. El mar Rojo también era conocido por los comerciantes faraónicos, pues indudablemente daba acceso a la misteriosa tierra del Punt, situada en el África oriental (véase el capítulo 1), de donde llegaban plantas y animales exóticos.

El emplazamiento de Berenice se conoce con seguridad y, desde que fue descubierto por Belzoni en 1818, ha sido identificado con las ruinas cercanas a Ras Banas, en el sur de Egipto. Myos Hormos ha sido objeto de un debate más amplio y la mayoría de los expertos lo situaba en Abu Shaar, unos veinte kilómetros al norte de Hurghada, pues coincide con la latitud y la longitud mencionadas por Ptolomeo en su *Geografía*. No obstante, en la década de 1990 las excavaciones en un pequeño fuerte del yacimiento demostraron que se trata de una fundación romana tardía y bizantina, sin restos de asentamientos anteriores. No obstante, el emplazamiento de Myos Hormos se describe con cierto detalle en la literatura grecorromana, y el estudio de las imágenes tomadas por satélite sugiere que el lugar que más parece ajustarse a ellas es Quseir el Qadim, en el extremo del camino fortificado que llega desde Koptos, en el Nilo. Esta apreciación ha sido confirmada recientemente por las excavaciones en El Zerqa, situado aproximadamente a medio camino de esta ruta, donde se han encontrado ostraca que demuestran sin lugar a dudas que el puerto que había al extremo del camino era Myos Hormos.

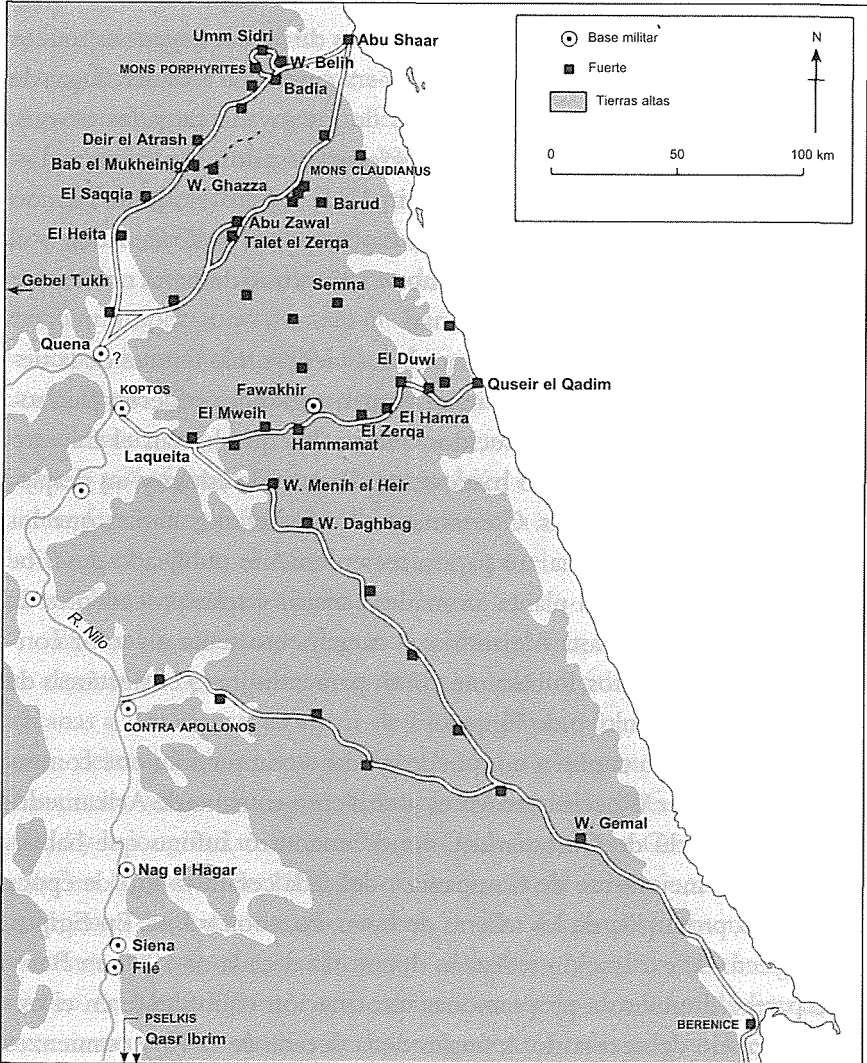
La naturaleza de este comercio puede averiguarse gracias tanto a las fuentes literarias como arqueológicas. El documento principal es el *Periplus maris Erythrae*, una guía de navegación del mar Rojo, el golfo de Adén y el océano Índico occidental, compilada en el siglo I d.C. Se complementa

con referencias en los poemas tamiles a «vinos de frescas fragancias traídos por los yavana en sus barcos» o a «la próspera ciudad de Mazuris, lugar de donde vienen los bellos grandes navíos de los yavana cargados de oro, blanqueando las aguas con espuma y regresan cargados de pimienta». Parece que el mejor momento para partir desde Egipto era julio, cuando el monzón suroccidental empujaba los barcos por el golfo de Adén y el océano Índico; mientras que el retorno se veía retrasado hasta noviembre para aprovechar el monzón nororiental.

El monzón suroccidental es uno de los vientos más feroces de la tierra y los barcos tuvieron que ser inmensamente grandes y fuertes para soportar un viaje semejante, parecidos quizá a los que hacían el trayecto Alejandría-Roma, que tenían hasta sesenta metros de eslora y un desplazamiento de mil toneladas. Ciertamente, los beneficios harían que los riesgos merecieran la pena: un papiro recientemente publicado describe un envío de nardo (una planta aromática), marfil y telas procedentes de Muziris, en la India, hasta Alejandría; el cargamento tenía un valor consignado de 131 talentos, lo bastante como para comprar 971 hectáreas de la mejor tierra de cultivo de Egipto.

La arqueología también nos puede ayudar a comprender este comercio. Sir Mortimer Wheeler excavó el yacimiento romano de Arikamedu, en la costa hindú de Coromandel, donde encontró ánforas que habían contenido el mejor vino de Campania y delicada cerámica roja de época de Tiberio, producida en los talleres de Lyon, Pozzuoli y Pisa. En Egipto, un proyecto de excavación realizado durante la década de 1990 en Berenice parece dispuesto a proporcionar información equivalente en el extremo egipcio del recorrido. A finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, excavaciones a pequeña escala en Quseir el Qadim, que por entonces se pensaba que era el puerto de Leucos Limen, descubrieron material interesante, incluido un fragmento de cerámica con una inscripción tamil. En 1999 comenzó un nuevo programa de excavación.

Las rutas terrestres desde Berenice y Myos Hormos a través del desierto han sido estudiadas a conciencia. La que nace en Berenice discurre en dirección noroeste durante más de 350 kilómetros y está equipada con *hydreumata* (lugares de aguada) cada 20-30 kilómetros. Su destino es Kopptos, pero a medio camino hay un desvío hacia el oeste que conduce hasta Apolinópolis Magna (Edfu). La ruta que parte desde Myos Hormos



Mapa de los fuertes del Desierto Oriental y de las rutas desde los puertos del mar Rojo de Berenice y Myos Hormos (Quseir el Qadim) hasta el Nilo durante la época romana (30 a.C.-395 d.C.).

también conduce a Koptos, y Estrabón nos informa de que el viaje duraba seis o siete días y de que estaba provista de *hydreumata* excavados hasta una gran profundidad. Dos de ellos (El Mweih y El Zerqa) fueron excavados en la década de 1990, y han proporcionado nuevos documentos en forma de ostraca, todavía sin publicar.

La parte final de la ruta, desde Alejandría hasta Roma, puede muy bien haber estado estrechamente relacionada con la *annona* (la tasa en especie mencionada más arriba), puesto que los navíos que servían al Estado podían transportar parte de sus propios bienes libres de impuestos. Pero esto no es todo. En Alejandría se han descubierto muchos más ejemplares de ánforas de aceite béticas que en ninguna otra ciudad relevante del Mediterráneo oriental, un ejemplo entre muchos que basta para destacar la importancia de su papel como puerto importante para el comercio interregional de todo tipo y en todas direcciones. Estrabón consideraba que era el mejor puerto del mundo; sin olvidarnos, por supuesto, de que su faro era una de las maravillas del mundo antiguo.

## Religión

No hay aspecto del Egipto romano más complejo o difícil de comprender que la religión. Roma heredó una religión faraónica que, sobre todo durante la época ptolemaica, había recibido una pátina clásica. Los visitantes de los antiguos templos egipcios suelen creer que están admirando obras maestras de la era dinástica, cuando en muchos casos —Dendera, Edfu, Kom Ombo, Esna y Filé, por ejemplo— las estructuras son en gran parte ptolemaicas y romanas.

Si bien el aspecto más evidente y sorprendente de la religión egipcia es su politeísmo, había varias creencias primordiales (para más información véase la parte sobre la religión del Reino Nuevo que se encuentra al principio del capítulo 10). Así, dioses como Ra (el sol), Geb (la tierra) y Nut (el cielo) parecen haber sido adorados en casi todo Egipto. No obstante, también existía una tendencia hacia el monoteísmo. Ra era la fuente de todo, Ptah es descrito como «el corazón y la lengua de los dioses» y, a mediados del siglo XIV a.C., Akhenaton decretó que Atón era el único dios que debía ser adorado. Otro rasgo fácilmente observable de la reli-

gión egipcia es su querencia por los cultos de animales. Por ejemplo, Horus es representado por un halcón y Hathor por una vaca. No obstante, no eran los propios animales el objetivo de la adoración, sino los dioses que elegían adoptar su forma. De aquí procede la costumbre de momificar animales, a menudo a millares: cocodrilos, babuinos, gatos, el pez oxirrinco y demás.

Cada uno de los dioses desempeñaba su propio papel, pero la situación está lejos de ser sencilla, porque sus papeles cambiaron con el paso del tiempo y los dioses podían mezclarse, hasta el punto de llegar a ser indistinguibles entre sí. Así, Horus, el halcón, tocado con un disco solar es a menudo indistinguible del dios sol Ra. Amón era originalmente el dios del agua y el aire, pero más tarde se convirtió en el dios de la reproducción física, el dador de vida.

La cultura griega se implantó en el país tras la conquista de Alejandro, en 332 a.C., no sólo en las ciudades griegas de Alejandría, Náucratis y Ptolemais, sino también en las comunidades griegas diseminadas por todo Egipto. Los griegos identificaron a sus propios dioses con el panteón egipcio. Horus fue equiparado con Apolo, Thoth con Hermes, Amón con Zeus, Hathor con Afrodita, etc. No sabemos cómo reaccionó la bella Atenea al saber que era equiparada con la diosa hipopótamo Taweret.

Un buen ejemplo de este proceso de helenización es el dios Pan, que fue equiparado a Amón-Min, el dios de la reproducción sexual, que poseía un importante santuario en Koptos. La ciudad se encuentra al comienzo de los caminos del desierto que conducen hacia el este. Por lo tanto, Amón-Min se convirtió en el dios del este y es representado con un incensario, que quizá simbolice las especias y perfumes de Oriente. Partiendo de esta base, durante la época romana Pan se convirtió en el dios del Desierto Oriental, el caprichoso guardián de las rutas del desierto. Aparece representado no como el Pan de la mitología griega, sino como el Min itifálico, siendo su erección una clara herencia de su vida anterior.

Con objeto de conseguir un mayor grado de unidad política y religiosa, durante la época ptolemaica se inventó un nuevo dios llamado Serapis. Al contrario que la deidad tradicional faraónica Osirapis, de la que deriva, no se le representa como un animal, sino como un hombre barbudo parecido a Zeus: de todos los dioses egipcios, es el que más se asemeja a un

dios grecorromano. Serapis se volvió inmensamente popular en Menfis, la antigua capital de Egipto y, cuando la sede del gobierno se trasladó a esta ciudad, también en Alejandría. Finalmente, el culto consiguió adeptos en Sabratha y Lepcis, Roma y después en Éfeso y las provincias del Danubio.

Otra diosa muy popular en el Egipto romano era Isis, en ocasiones identificada con Hathor. Era tanto la esposa como la hermana de Osiris, que era el soberano y el juez de los muertos, además de dios supremo del culto funerario. Su papel era ser el prototipo de la maternidad y la esposa fiel. Era muy adorada por las mujeres, para quienes era la reina del cielo y la tierra, de la vida y la muerte. Miraba con buenos ojos todas las actividades de las mujeres, hasta tal punto que en un momento dado también fue la diosa de las prostitutas. Como en el caso de Serapis, había fieles de Isis por todo el imperio, sobre todo en Hispania. Los rituales asociados con su culto cambiaron poco desde la época faraónica: al amanecer su estatua era descubierta y adornada con joyas mientras se encendía el fuego sagrado, todo ello acompañado de música sagrada.

Del mismo modo que los dioses del Egipto romano eran esencialmente dioses egipcios, la arquitectura religiosa es una continuación de los templos dinásticos y ptolemaicos. La excepción son los Paneion, que debido al especial papel de Pan en el desierto podían estar situados en puntos remotos, lejos de los lugares de habitación. A menudo no se trata más que de una roca sobre la cual los viajeros escriben sus dedicatorias. En Wadi Hammamat se puede ver un buen ejemplo.

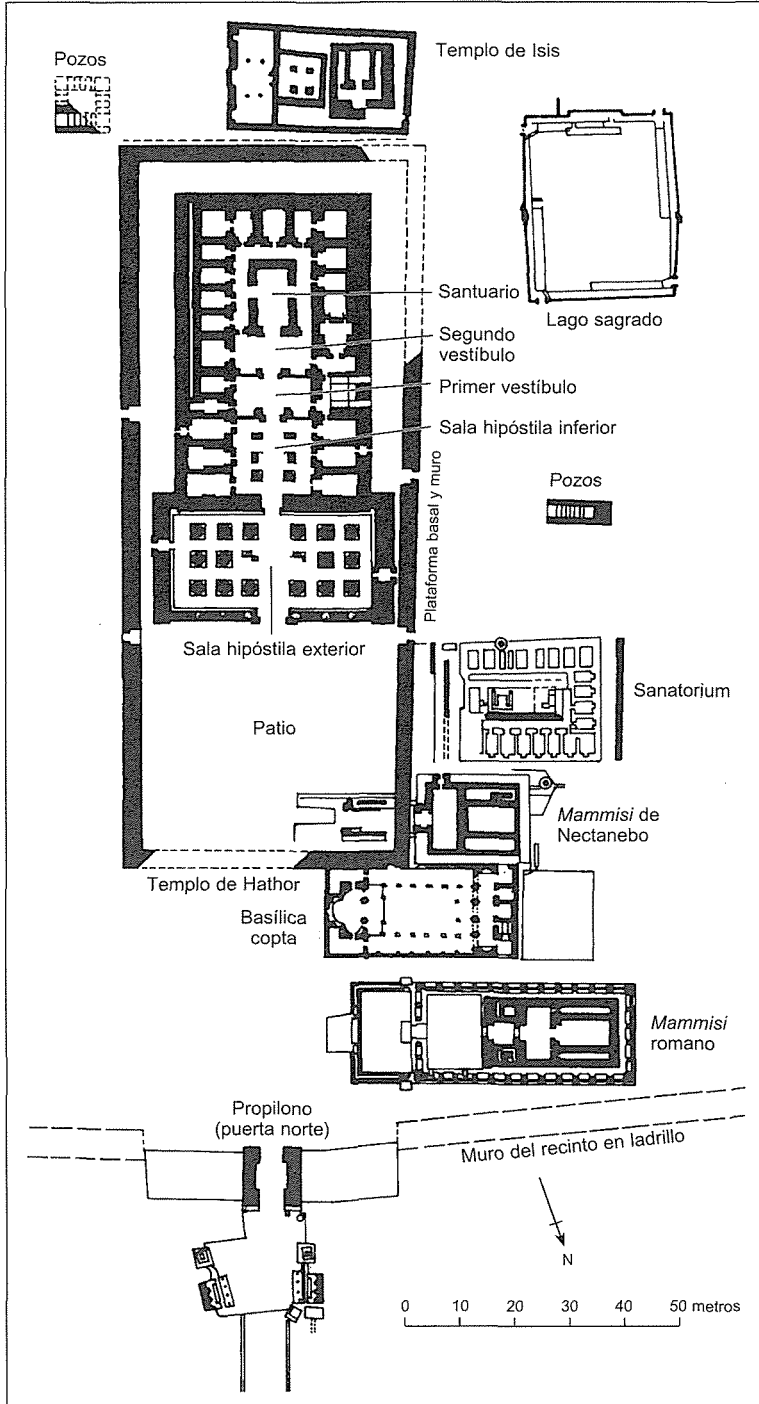
El templo de Hathor en Dendera nos proporciona un buen ejemplo del aspecto que tenía un templo ptolemaico-romano tardío. El propylon (puerta norte) es obra de Domiciano y Trajano, pero el elemento central del complejo, el casi intacto templo de Hathor, fue construido entre 125 a.C. y 60 d.C. La parte frontal del templo es una fachada maciza señalada con seis columnas con capiteles hathóricos y coronada por una cornisa. La entrada conduce a una sala hipóstila, construida en el vigésimo primer año de Tiberio por Aulo Evilio Flaco, con ayuda de los habitantes de la ciudad y el distrito, cuyo tejado se sostiene mediante columnas hathóricas. La sala da paso a una sala hipóstila interior y dos «vestíbulos», el más interno de los cuales contiene el santuario, rodeado por varias capillas. La decoración es característicamente egipcia, pero muchos de sus protagonistas son emperadores romanos. Así, vemos a Tiberio delante de los dio-

ses, a Claudio realizando una ofrenda a Hathor e Ihy, e imágenes de Augusto y Nerón. Todo el complejo es una experiencia extraña para un estudiante formado en la cultura clásica.

Otro bello ejemplo de templo romano es el quiosco de Trajano en Filé, conservado en una isla entre Asuán y la Gran Presa. Este elegante edificio de bellas proporciones posee catorce columnas con capiteles compuestos y entrepaños entre ellas, dos de los cuales están decorados con escenas de Trajano realizando ofrendas a Isis, Osiris y Horus. El simbolismo de todos estos templos debió de transmitir un mensaje muy especial a la población del Egipto romano: aquí el emperador no aparece como dios, sino como un suplicante a los grandes dioses del viejo Egipto.

A partir de mediados del siglo I d.C. apareció un nuevo fenómeno religioso: el cristianismo. Parece haber arraigado en Alejandría, desde donde se extendió al resto del país. Es indudable que, con tantos cultos existentes, no habría problemas para aceptar y absorber otro más. Sin embargo, el cristianismo era una religión intransigente, que no se consideraba a sí misma como parte de las demás y buscaba de forma activa conseguir conversos del paganismo. Esto era una amenaza para el orden establecido, por lo que a partir de mediados del siglo III d.C. empezaron las persecuciones esporádicas, que culminaron con las grandes purgas de Diocleciano, comenzadas en 303 d.C.

En el siglo III d.C. apareció en Egipto una nueva tendencia en la práctica religiosa que luego se extendió por todo el mundo. El desierto es un campo de pruebas religioso, lejos del bullicio de la vida ordinaria y donde la supervivencia depende de la confianza en Dios. Cristo ya había sentado las bases, al pasarse cuarenta días y cuarenta noches en el desierto sufriendo las tentaciones del demonio. Según la tradición, a finales del siglo III d.C. dos jóvenes ricos, Pablo, el primer eremita, y Antonio, el primer monje, cada uno por separado, abandonaron sus hogares en el valle del Nilo para vivir en la soledad del desierto. No resulta un misterio cómo consiguieron sobrevivir, pues en todas partes los hombres sabios son tratados con respeto y alimentados por las personas con las que se encuentran. Como ambos se asentaron junto a fuentes, sin duda fueron visitados por beduinos, que las conocerían y tendrían derechos sobre ellas. Finalmente, a pesar de su aislamiento, la fama de Antonio se extendió e incluso el emperador Constantino le escribió pidiéndole que rezara por él. Fue visitado



Plano del templo grecorromano de Hathor en Dendera.

por sus antiguos discípulos, diversos dignatarios, peregrinos y, por supuesto, curiosos. Las idas y venidas de los visitantes llevaron a la creación de un caravasar, que terminó convirtiéndose en un monasterio; el más importante de la cristiandad, pues de él derivan todos los demás.

Las costumbres funerarias están, evidentemente, conectadas con las prácticas religiosas. Por lo tanto, no resulta sorprendente que la momificación persistiera junto al paganismo; en algunos casos hasta tan tarde como el siglo IV d.C. Los pobres recibían el más sencillo de los enterramientos, como momias vendadas sin más; pero los ricos recibían un elaborado tratamiento momificador, como dictaba la tradición. Durante la época romana, sobre la cabeza de la momia se colocaban retratos al encausto pintados sobre tabla. Estas obras de arte menor son algunas de las más vívidas y realistas de todo el mundo romano. Sin duda eran encargadas a artesanos muy cualificados, pues poseen un grado casi fotográfico de realismo y parecen haber sido realizadas mientras la persona estaba viva. Se ha sugerido que se pintaban en el momento álgido de la vida y el éxito y que luego se guardaban para su posterior uso funerario.

En Alejandría hay pruebas de un estilo alternativo de enterramiento, quizá reflejo de un gusto diferente entre los habitantes ricos de origen griego. En Kom el Shugafa (la colina de los fragmentos de cerámica) hay un complejo de catacumbas fechado en el siglo II d.C. Contiene un hueco de escalera circular que conduce a un grupo de cámaras funerarias y a una sala de banquetes, donde los dolientes que visitaban las tumbas podían cenar cerca de los difuntos. Si bien en origen fue diseñado para los ricos, parece haberse extendido a las clases pobres, pues hay muchos nichos pequeños para acomodar enterramientos sin pretensiones. La decoración posee algún interés artístico, con elementos tomados tanto del canon griego como del egipcio. Hay falsos sarcófagos decorados con máscaras, cráneos de buey y festones y, por todas partes, relieves que representan a dioses como Anubis o Thoth.

## **Artesanía y comercio**

En el Egipto romano hay muchos restos de artesanía y artes menores. Casi todos los yacimientos del período están cubiertos de cerámica, cris-

tal, fayenza y materiales orgánicos como cestería, telas y cuero, que por lo general no se ven en climas más templados. Dada la riqueza arquitectónica y escrita egipcia, los objetos cotidianos han recibido menos atención de la que merecen. Su potencial para el análisis del comercio, la cronología y la tecnología todavía ha de comprenderse, pero desde que en la década de 1980 comenzaran a realizarse los primeros de ellos, toda una serie de estudios sistemáticos están empezando a ofrecer resultados interesantes.

La cerámica tiene un papel vital en muchos aspectos de la investigación arqueológica. Las importaciones al Egipto romano, como las jarras de vino procedentes de Italia y la Galias, las jarras de aceite de Hispania, la cerámica roja de calidad del norte de África o las lámparas de Italia pueden ser reconocidas y fechadas. Su importancia era innegable y están comenzando a arrojar luz sobre los contactos comerciales de Egipto con el resto del Mediterráneo. No obstante, nuestro conocimiento de las cerámicas locales egipcias todavía es relativamente limitado. La mayor parte de las colecciones están dominadas por jarras de «barro del Nilo», una arcilla apagada de color marrón oscuro, característica de la llanura inundable del río. Todo lleva a pensar que eran producidas en muchos alfares repartidos por el valle del Nilo y el delta, pero en realidad existe una importante laguna arqueológica y sólo conocemos unos cuantos hornos (todos ellos situados en la costa meridional del lago Mareotis, cerca de Alejandría, y descubiertos gracias a las investigaciones de un solo hombre, Jean-Yves Empereur). Estos hornos alejandrinos parecen haber producido un tipo de ánfora que no es fácil de fechar y que aparece en la mayor parte de los yacimientos romanos de Egipto. Durante el siglo III d.C. los hornos pueden haber producido imitaciones de ánforas koan, probablemente porque estaban destinadas a contener vino koan, que era una variedad medicinal hecha con agua de mar.

En el otro extremo de Egipto, en Asuán, se fabricaba una cerámica de engobe rojo o blanco que también se encuentra por todo el país, sobre todo en contextos del siglo I y II d.C. Sin embargo, casi con seguridad se trata sólo de una parte de la historia y habría otros muchos centros de producción en el valle del Nilo donde se fabricaban jarras o vajillas domésticas de calidad, como la «cerámica de engobe rojo» egipcia definida por primera vez por John Hayes. Entre los papiros de Oxirrinco hay tres

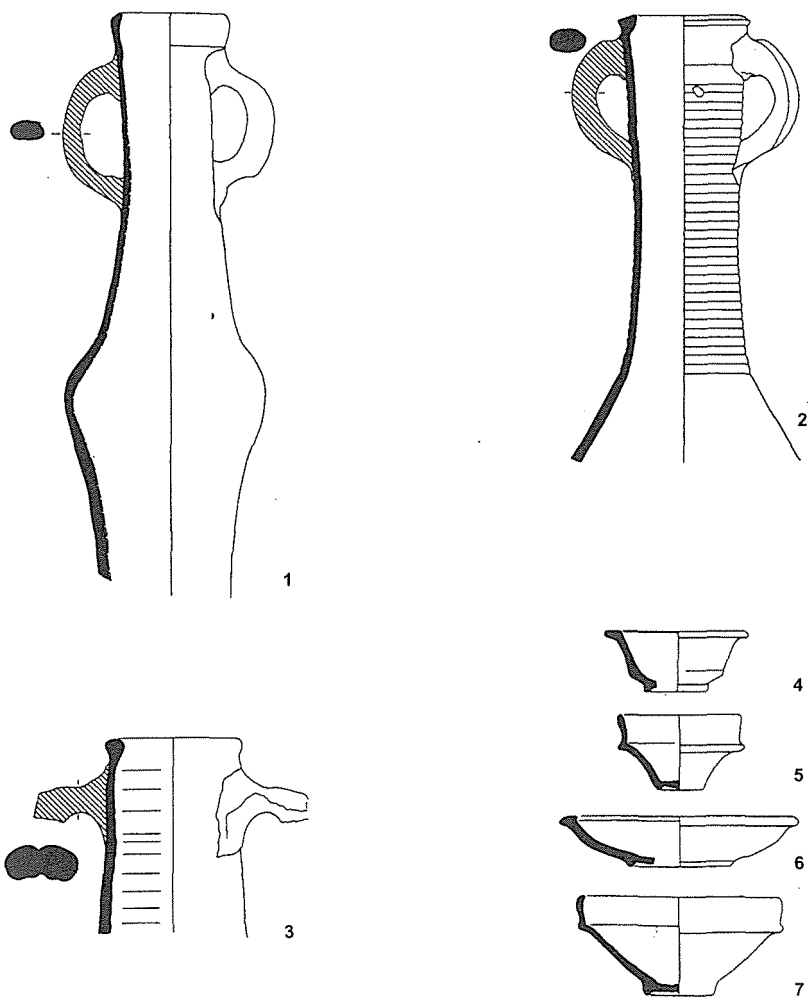
que son contratos de arrendamiento de cerámica. Parece que la producción estaba muy ligada al Estado. El arrendador, presumiblemente el Estado, accede a proporcionar el edificio, el almacén, el torno, el horno, la cerámica y el combustible para quemar, a cambio de lo cual el arrendatario debe proporcionar la mano de obra y entregarle al arrendador una elevado número de jarras, en un caso más de quince mil, destinadas a contener la producción estatal. Es una pena que no sea posible relacionar estas fascinantes pruebas documentales de producción estatal con la cerámica o incluso el tipo de recipientes.

En la mayor parte del mundo romano, las vajillas de calidad se fabricaban con un tipo de cerámica de engobe rojo producido en la Galia, Italia o el este. Si bien también se encuentran en Egipto, aquí su lugar lo ocupan recipientes de brillante fayenza de color azul o verde. La fayenza no es cerámica, sino una frita de cuarzo vidriada, creada machacando cuarzo y mezclándolo con una sal alcalina y un colorante como la sal de cobre. Hay varios modos de fabricar fayenza y todos ellos producen casi el mismo resultado: por ejemplo, un núcleo de cuarzo fino cementado con un álcali puede ser introducido dentro de una mezcla de vidriado formada por cenizas vegetales, óxido de cobre y cal; en otros casos la frita puede ser preparada y pintada dentro del núcleo con forma. También es posible que, mientras el cuarzo se seca, se distribuya el colorante sobre su superficie, de modo que al calentarlo se funda para producir su característico vidriado. La fayenza no es líquida, de modo que por lo general se trabajaba con moldes, por lo que es adecuada para producir cuentas y figuritas, pero en la época romana se empleó para platos, bandejas y copas. Sabemos poco sobre la producción de fayenza romana y, por desgracia, el único horno conocido de fayenza fue excavado a principios del siglo XX, antes de que se hubieran desarrollado las técnicas modernas de observación y registro.

El cristal es otro componente habitual de los depósitos de basura romanos. Gran parte del mismo es de una calidad sorprendentemente buena, a menudo con paredes finas y bien logrado. Incluso en los yacimientos del desierto los recipientes pueden ser soplados con molde, con adornos multicolores o con decoración cortada. En la actualidad no está claro cuánto se importaba desde los grandes talleres de Siria y cuánto se producía de forma local. Alejandría es descrita por Estrabón y otros escritores tardíos como un gran centro productor de cristal, donde quizá se fa-

bricaran algunos de los recipientes policromos más delicados, pero arqueológicamente es muy poco lo que sabemos de ello. A juzgar por el gremio de trabajadores del cristal mencionado en los papiros de Oxirrinco, hubo otras fábricas de cristal.

La producción de harina era otro comercio importante, estrechamente relacionado con la subsistencia. Ciertamente se utilizaban piedras



Algunos de los principales tipos de cerámica fabricada en el Egipto romano (1-3 = ánforas locales, 4-6 = cerámica egipcia de engobe rojo, 7 = cerámica de Asuán).

de moler móviles, pero el tipo de molino más empleado es el «olintio» o de palanca. Está formado por una losa de unos cincuenta centímetros cuadrados con una ranura en medio que forma la tolva. Encima de la piedra se fija una palanca, que oscila hacia delante y hacia atrás en torno a un pivote. Se han encontrado ejemplos en el asentamiento griego de Náucratis, pero también en Quseir el Qadim y en los fuertes de Tiberiana (Barud) y Mons Porphyrites. Es casi seguro que este tipo de molino fue introducido por los griegos, que continuaron utilizándolo al menos hasta el siglo III a.C. No obstante, en Egipto siguieron en uso hasta la época romana y el ejemplar de Quseir es del siglo I d.C., mientras que los de los otros fuertes son de los siglos I-II d.C. El fuerte de Badia, en el complejo del Mons Porphyrites, ha proporcionado componentes de molinos segmentados fabricados con lava, probablemente procedente de la isla griega de Nisyros. El tipo se conoce de la isla de Delos, si bien los ejemplares de Badia pueden ser de época romana posterior.

Parece que en el mundo Antiguo Egipto era conocido por sus tejidos y en las ciudades de Antinoopolis y Panopolis, donde probablemente hubiera molinos de lana, se han encontrado importantes colecciones de ellos, en gran parte del Período Romano tardío. De nuevo Alejandría parece haber sido importante, siendo sede del comercio del lino y del trabajo de las sedas orientales.

Otras manufacturas que pueden mencionarse son el cultivo y fabricación de papiro, de medicinas, la confección de joyas, trabajos de cuero y la metalurgia, todas ellas todavía mal estudiadas.

## Demografía

La demografía del Egipto romano durante los tres primeros siglos de nuestra era está bien documentada, pues contamos con unos trescientos papiros donde se recogen censos. En ellos no sólo se detalla a los miembros de las familias que viven en el valle del Nilo, sino también a sus inquilinos y esclavos.

Los cálculos de la población del Egipto romano no son sencillos, sobre todo porque las dos principales fuentes históricas se contradicen mutuamente: Diodoro Sículo calcula que la población en el siglo I a.C. era

de tres millones de personas, mientras que Josefo, que escribió en el siglo I d.C., nos habla de 7,5 millones sólo en Alejandría. En general, los especialistas actuales tienden a considerar más creíble la cifra de Diodoro.

Diodoro dice que Alejandría, una de las ciudades más populosas del Mediterráneo antiguo, contaba con una población de 300.000 personas, que no se aleja demasiado de los 500.000 habitantes de los cálculos modernos. Se puede decir que la población rural estaba repartida entre unos 2.000 o 3.000 poblados, cada uno de ellos con una población media de entre 1.000 y 1.500 personas, lo que concuerda bien con la probable población rural en Egipto en el siglo XIX. Este tipo de cálculos por parte de los especialistas modernos da un total de 4,75 millones de habitantes, de los cuales 1,75 millones vivían en las ciudades.

Los registros del censo nos permiten dar vida a estas cifras desnudas. Parece que dos terceras partes de los hogares estaban formados por familias nucleares (con sus hijos) o múltiples familias relacionadas, mientras que la mayoría del resto de hogares estaban ocupados por personas solas o por familias ampliadas con la presencia de parientes. Los inquilinos parecen haber sido comparativamente escasos. En cambio, los esclavos formaban un 11 por ciento de la población total. Como los registros informan de la edad, es posible calcular las tasas de mortalidad. Entre las mujeres, parece que muy pocas llegaban a los sesenta años y la esperanza de vida media femenina se encontraba en unos 20-25 años. Para los hombres, la esperanza de vida era al menos de 25 años. La relación entre las 1.022 personas cuyo sexo ha podido ser deducido es de 540 hombres por 482 mujeres, pero entre los esclavos es al contrario (34 hombres y 68 mujeres).

El matrimonio en el Egipto romano era una categoría legal que tenía consecuencias para los vástagos, pero las bodas y los divorcios eran cuestiones privadas en las que el Estado no intervenía. La esposa vivía casi siempre en casa del marido, a menudo con toda su familia. Aproximadamente una sexta parte de los matrimonios se producían entre hermanos y hermanas. La mayor parte de las mujeres estaban casadas a finales de la adolescencia y virtualmente todas al final de su segunda década de vida, pero sólo la mitad de los hombres estaban casados con 25 años. La edad media de la maternidad en las mujeres era en torno a los 27 años. La imagen demográfica del Egipto romano se corresponde estrechamente con la de una típica población mediterránea preindustrial.

## La naturaleza del Egipto romano

En todas las provincias romanas se produjo una amalgama entre la influencia de Roma y la cultura indígena. En la mayor parte de los casos, la primera sometía a la segunda. Por ejemplo, aunque en la Gran Bretaña o la Galia romanas persisten restos de la anterior Edad del Hierro, el aspecto más evidente de ellas es el cambio que se produce hacia un estilo de vida mediterráneo. Sólo en Egipto, y hasta cierto punto quizá en las tierras griegas del Mediterráneo nororiental, el Período Romano fue una época de continuidad con lo que existía anteriormente. Una de las razones puede ser la arquitectura faraónica. La creación de un paisaje dominado por edificios construidos a base de sillares enormes, difíciles de derribar, sería un factor importante. Servían exactamente para lo que fueron concebidos: recordarle a la gente la grandeza de la civilización faraónica y ser un testigo constante de las creencias y valores de este período de grandeza egipcia. Es posible que no fuera la única razón, pero seguramente fue uno de los factores que contribuyeron a ello.

Sería un error sugerir que la era romana fue un período de estancamiento o que no se produjo ningún cambio durante los siete siglos transcurridos entre la muerte de Cleopatra, el 12 de agosto de 30 a.C., y la conquista árabe de 642 d.C. No obstante, el principal cambio cultural echó raíces en el siglo III d.C., cuando el cristianismo fue aceptado de forma general, como sucedió en todo el imperio. El monasticismo apareció en el desierto egipcio liderado por personas como san Pablo y san Antonio. Incluso en ellos tuvo influencia la cultura faraónica, pues Antonio comenzó su vida religiosa viviendo en una vieja tumba cerca de su poblado en el Nilo y allí fue donde luchó contra los demonios y los animales salvajes, antes de encaminarse hacia el desierto.